AÑO I — BUENOS AIRES, 13 DE NOVIEMBRE DE 1922 — No 43

LA PROTESTA

Precio 10 cts. SUPLEMENTO SEMANAL Porte pago

U. Telefónica 0478 B. Orden — Redacción y Administ.: PERU 1537 — Valores y giros a A. Barrera

HECHOS Y FECHAS

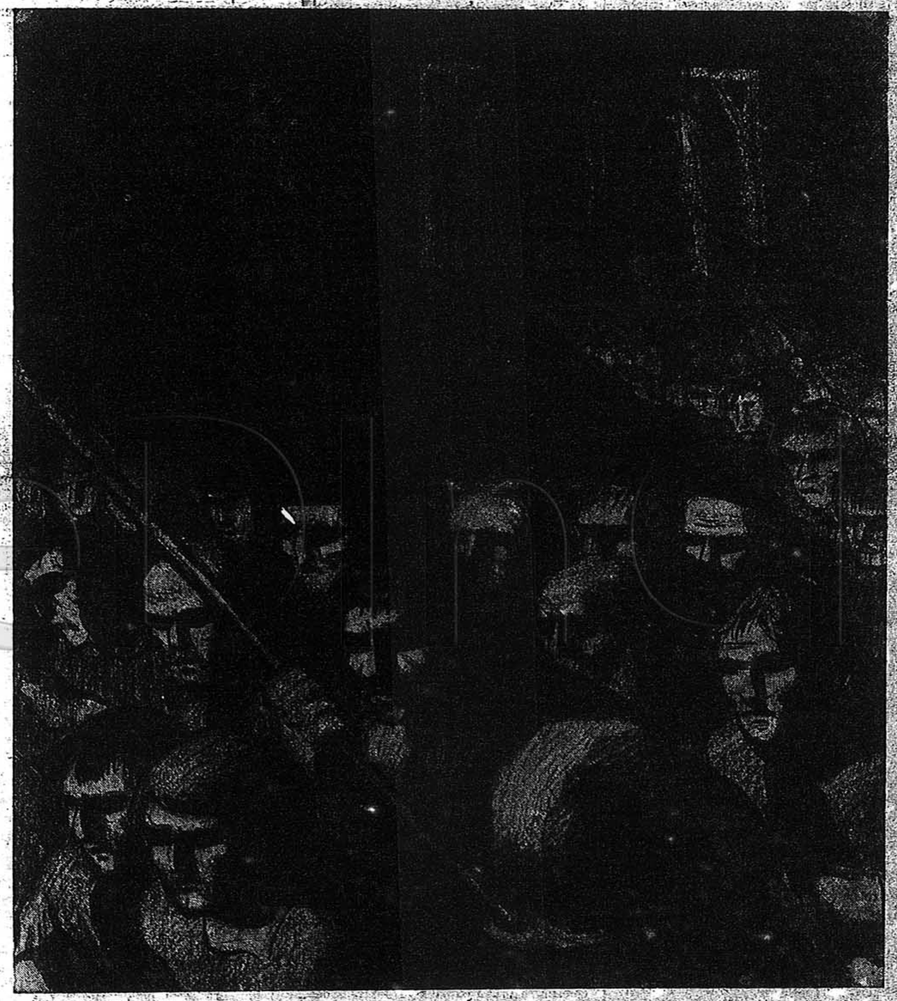
Los grandes hechos y las grandes fechas históricas marcan en la humanidad conmociones extraordinarias, algo que, saliéndose de las costumbres vulgares, se remonta a la hipérbole de los sentimientos, a la excentricidad de los caracteres definidos, a las puras regiones del ideal. Esta claro que todos los rasgos individuales se diferencian, que no todas las biografías que la historia o el martirologio de las diversas filosofías guarda y reverencia, tienen la misma significación transcendental, mas hay que reconocer que, a falta de unidad de criterio en las acciones heróicas de los hombres, hay, sin embargo, el fondo común del entusiasmo que les guió para llevar a cabo aquellas azañas que fueron el asombro y la admiración de sus contemporáneos y cuyo reflejo pasa como un royo de luz a través de la transparencia de las almas sensibles y delicadas que saben comprender los gestos sublimes y tienen capacidad para imitarlos. La palabra formula un lenguaje convencional, establece una explicación de los fenómenos humanos y aún extra-humanos, pero el hecho es la substancia de la vida misma, el ejemplo viviente que sacrifica todo egoismo rastrero en holocausto a la verdad interior que anima al poseído de una idea. Puede ser esta más o menos explícita, puede llevar en su seno maldades y perversiones refinadas, puede obscurecer las fuentes de la razón para convertirse en una obsesión, pero puede también obedecer al imperativo categórico de una claridad meridiana, expansionarse en exaltaciones generosas, en bondades irreprochables, en amores esquisitos.

Ya sabemos que hay una parte de la medicina que estudia la psiquis y que hasta se pretende que las relaciones de la superioridad intelectual obedecen a un proceso neuropático, pero tales hipótesis, que no han pasado aún al dominio de la evidencia general, no pueden constituir motivo de reproche o mofa hacia el panteón que los hombres erigen a sus muertos ilustres. No es que nos guíe un deseo anacrónico, no es que queramos aumentar cultos extravagantes. Nuestro espíritu libertario e irreverente, más bién nos conduce a analizar el porqué y el cómo de todas las actitudes que los humanos asumen en su corta vida. Eso no obstante, creemos que el estudio de las vidas sacrificadas a un ideal cualquiera, ya hayan despuntado por su inteligencia preclara o por sus sentimientos altruistas, merece la atención más cuidadosa de los que, por cualquiera de los diversos caminos morales, pretenden elevar la animalidad ancestral del hombre, desarrollando su capacidad de sentir y de comprender. Se lucha por el predominio de las ideas, pero, ¿que valen éstas si no pasan por el crisol de la voluntad omnipotente del ser pensante? El ejemplo de las ideas hechas carne, el verbo manifestándose en hechos precisos y transcendentales, he ahí lo que interesa. Saber hasta que punto existe equilibrio entre el pensamiento y la acción, es también saber separar el oro de la sinceridad humana de la deleznable escoria de la simulación.

Ya lo decimos, nosotros no nos postramos ante las vidas de todos los que han pasado a la historia por sus actos y nos reservamos el derecho de crítica, de investigar el proceso a que obedecieron tales hechos y tales fechas, más una vez subsanados los errores de apreciación y descartados los intereses de partido o doctrina, quédanos la admiración de esos espíritus alados que soportaron el martirio o la muerte con la sonrisa estóica de los ilusionados del ideal. ¡Admirables quijotes! Y cuando en la vida pululan tantos zafios, tantos pervertidos, tantos incapaces de sublimes deleites geniales, tantos poltrones y tantos viles adoradores esclavos del vellocino de oro, no podemos menos de exaltar las virtudes del altruismo y reivindicar con gesto gallardo la memoria de los héroes anónimos que, junto con los ya glorificados, han servido con sus sacrificios la sublime causa del mejoramiento humano. Su sangre alimentó las fuentes de la vida y será el eterno oprobio de los verdugos, de los que, viles mercaderes, pretenden hacer de la humanidad un presidio y un manicomio.

COSTA ISCAR

1886 = Noviembre = 1922



LA REVOLUCION ESTA EN MARCHA, NADA LA DETENDRA

El Crimen de la Plutocracia Yanqui

¿UN ERROR JUDICIAL? NO, UNA MONSTRUOSIDAD JURIDICA — EL GOBERNADOR JOHN P. ALTGELD DE ILLINOIS, DESCUBRE LA CONSPIRACION DE LOS CAPITALISTAS QUE LLEVARON A LA HORCA A LOS MARTIRES DE CHICAGO.

El 11 de noviembre cumplió 35 años que en Chicago fueron ahorcadas las universalmente conocidas víctimas de la plutocracia yanqui. Y ese crimen monstruoso de la burguesía norteamericana de 1887, aún es recordado hoy con odio y con dolor, precisamente porque marcó el primer jalón en las luchas del proletariado y también un enorme surco sangriento en la marcha ascendente de la humanidad que trabaja y sufre.

Ningún homenaje tan digno de los asesinados y de los aherrojados en las ergástulas de Estados Unidos, en 1887, como el reconocimiento de su inocencia, que es la plena reivindicación de su memoria escarnecida por los mercenarios del capitalismo, por los jueces y los polizontes al servicio de la plutocracia yanqui. Y esa rehabilitación por parte de la justicia burguesa, después de consumado el monstruoso crimen, la encontrará el lector en el mensaje dado a publicidad por el gobernador del Estado de Illinois, John P. Altgeld, proclamando la inocencia de los procesados por los sucesos de Chicago, desarrollados la noche del 4 de mayo de 1886.

Mensaje del gobernador de Illinois, decretando la libertad de Samuel Fielden, Oscar Neebe y Miguel Shwab.

En la noche del 4 de mayo de 1886, celebróse una reunión pública en la plaza de Haymarket, en Chicago; de 800 a 1.000 personas pertenecientes casi todas a la clase obrera, se hallaban presentes. Habían ocurrido perturbaciones, ocasionadas por el afán de introducir la jornada de las ocho horas y productoras de choques con la policía, en uno de los cuales varios obreros fueron muertos, y el objeto de esta reunión era protestar contra la brutalidad de que se acusaba a la policía.

La reunión fué pacífica, y a ella concurrió el Alcalde, quien permaneció hasta que la multitud empezó a dispersarse, retirándose después. Tan luego como el capitán John Bonfield, del departamento de policía, supo que el Alcalde se había retirado, se dirigió a toda prisa con un destacamento de policía al lugar de la reunión, con el objeto de dispersar a los pocos que aún quedaban, y en los momentos en que se acercaba la policía, una persona desconocida arrojó una bomba que estalló e hirió a muchos y mató a varios policías, entre los cuales se hallaba un tal Matías Degan. Varias personas fueron arrestadas, y transcurrido algún tiempo, se presentó acta de acusación contra Augusto Spies, Alberto R. Parsons, Luis Lingg, Miguel Schwab, Samuel Fielden, George Engel, Adolfo Fischer y Oscar Neebe por el asesinato de Matías Degan. No pudo el fiscal descubrir quien había arrojado la bomba ni perseguir ante los tribunales de justicia al verdadero culpable, y, como quiera que algunos de los acusados no habían estado en la reunión de Haymarket ni habían tenido relación alguna con ella fué preciso adoptar la teoría de que los acusados eran culpables de asesinato porqué, según se pretendía, habían en varias ocasiones previas pronunciado e impreso palabras sediciosas e incendiarias, en que aconsejaban practicamente la matanza de policías, los agentes de Pinkerton y otros que desempeñaban igual cargo, y que, por tanto, sobre ellos pesaba la responsabilidad del asesinato de Matías Degan. Gran excitación reinaba en el público, y después de un prolongado proceso, todos los procesados fueron declarados culpables; Oscar Neebe fué sentenciado a quince años de presidio y todos los demás a la horca. Se elevó el caso al Tribunal Supremo, que confirmó la sentencia en el otoño de 1887. Poco después Lingg se suicidó. Fué conmutada la sentencia de Fielden y Schwab a prisión por toda la vida, y Parsons, Fischer, Engel y Spies fueron ahorcados. Ahora solicitan los peticionarios la libertad de Neebe, Fielden y Schwab.

El fundamento principal en que se basan los varios miles de comerciantes, banqueros, jueces, abogados y otros ciudadanos prominentes de Chicago que, mediante cartas, peticiones y otros conductos, han solicitado la clemencia ejecutiva, es que, concediendo que los presos sean culpables, ya se les ha castigado bastante; pero hay un número de personas que han examinado con más cuidado el caso, y, estando más familiarizadas con los autos y los hechos que arrojan los documentos archivados, presentan fundamentos muy distintos. Estos aseveran: Primero. — Que el jurado que juzgó el caso fué escogido y formado con la intención manifiesta de que condenase a los reos. Segundo. — Que según la ley expuesta por el Tribunal Supremo, lo mismo antes que después de esta causa, los jurados, por boca propia, se mostraron incompetentes, y el proceso, por lo mismo, no fué legal. Tercero.— Que no se probó culpables a los reos del crimen especificado en el acta de acusación. Cuarto. — Que respecto a uno de los reos, Neebe, el Procurador del Estado había declarado que no había lugar a enjuiciarlo, a pesar de lo cual se le ha tenido preso durante todos estos años. Quinto. — Que el juez que presidió la causa, bien por predisposición contra los reos o por estar empeñado en conquistar aplausos entre cierta clase de la comunidad, no pudo conceder ni concedió a los aducido desde entonces en prueba de que son culpables del crimen que se les imputa en el acta, no hay lugar, en tal caso, a la intervención ejecutiva, pues ningún castigo que pueda imponer la ley a los culpables de semejante ofensa, puede considerarse demasiado severo. Es menester reos un juicio imparcial.

A Fisher

G. ENGEL

Cuanto a la cuestión de si los presos han sufrido bastante castigo o no, diré simplemente que si los reos fueron enjuiciados imparcialmente, y nada se ha que el gobierno se defienda; hay que proteger las vidas y haciendas y que mantener la ley y el orden; es preciso castigar el asesinato y si los presos son culpables de este crimen por haberlo cometido ellos mismos o aconsejado a otros que lo cometieran, y su proceso ha sido imparcial, el ejecutivo no debe intervenir. El suelo americano no es propio al cultivo de la anarquía. Aunque no del todo libres de injusticias, nuestras instituciones son las mejores que hasta aquí ha ideado el hombre, y hay, por lo mismo, que conservarlas.

FORMACION DEL JURADO

En los autos del proceso se ve que el jurado, en esta causa, no se formó de la manera usual; que en vez de sacar un número de nombres de una urna que contuviese muchos centenares, que es el objeto a que se encamina la ley, a fin de obtener un jurado imparcial y no dar la ventaja a ninguna de las partes, el juez presidente nombró a un tal Henry F. Ryce, alguacil especial, con el encargo de citar para que sirviesen como jurados a los individuos que el mismo Ryce escogiese. Si bien es cierto que esta costumbre ha sido sancionada en casos en que no parecía haberse perjudicado ninguna de las dos partes, no lo es menos que entraña un peligro grave, por cuanto reviste al alguacil de absolutas facultades para escoger un jurado favorable para una u otra parte. Dice el abogado del Estado que Ryce fué nombrado por moción del abogado defensor. Aunque consta que este estaba a favor de que se nombrara a alguien, vemos por otra parte, en los autos, lo siguiente:

"Mr. Grinnell sugirió a Mr. Ryce como alguacil especial, y el mencionado Ryce fué aceptado y nombrado." Pero poco importa quien propuso a Ryce, si el jurado por él escogido no fué imparcial. Consta que Ryce *hacia alarde, al escoger el jurado, de manejar el caso; de que la ejecución en la horca de esa gente era segura como la muerte; que estaba citando individuos que los reos tendrían que recusar hasta agotar las recusaciones, y que cuando esto sucediese tendrían que aceptar los hombres que el fiscal nuerta.* Consta en los autos de la causa que los reos se vieron obligados a agotar todas sus recusaciones perentorias a aceptar un jurado compuesto todo él de hombres que habían manifestado su predisposición contra ellos. En la página 134 del vol. 1.o de los autos, consta que cuando se habían conseguido ya las dos terceras partes de los jurados, el abogado defensor llamó la atención del tribunal hacia el hecho de que Ryce sólo estaba llamando a hombres predispuestos, como lo demostraba el interrogatorio; que se estaba circunscribiendo, además, a clases particulares, como dependientes, comerciante, fabricantes, etc. Propuso entonces el abogado defensor que cesase semejante procedimiento, y que el juez ordenase a Ryce que citase a los jurados de entre la masa del pueblo; es decir, la comunidad en general y no las clases particulares; pero el juez no hizo caso.

Como prueba ulterior de la conducta impropia del alguacil Ryce, se hace referencia a la declaración jurada de Otis S. Favor. Mr. Favor es uno de los negociantes de más reputación y honradez en Chicago; él mismo fué uno de los citados por Ryce para servir en el jurado, pero tanta era su predisposición contra los reos que tuvieron que exonerarlo, y se abstuvo de presentar declaración jurada ninguna antes de la sentencia, porque el abogado del Estado le había suplicado que no lo hiciera, por más que él se hallaba dispuesto a ir al tribunal a declarar lo que sabía si el juez así lo deseaba, y él suponía naturalmente que lo enviarían a buscar. Pero después del fallo del Tribunal Supremo, y cuando iban a ser ahorcados algunos de los reos, su amor a la justicia le hizo presentar su declaración escrita.

En ella jura que conoce muy bien a Henry L. Ryce, del condado de Cook, Illinois, alguacil especial encargado de citar a los jurados para la causa del Pueblo contra Spies y otros, vista en el verano de 1886. Que él mismo fué citado por dicho Ryce, pero recusado y exonerado por predisposición. Que conversando con Ryce cuando este ejercía su funciones especiales, Ryce le dijo en presencia de otras personas: "Yo estoy manejando este caso y sé lo que hago. La ejecución de estos individuos en la horca es segura como la muerte. Estoy citando a hombres que la defensa tendrá que recusar hasta agotar su tiempo y sus recusaciones. Entonces tendrá que aceptar los hombres que el fiscal quiera. Dice además el deponente que no se ha sentido muy dispuesto a declarar sobre este particular porque no simpatiza con la anarquía ni tiene relaciones con los acusados, no siendo ni comunista ni socialista, ni comunista, ni anarquista; pero sí le interesa como ciudadano la recta administración de la justicia. Dice además, que sus relaciones personales con Ryce eran entonces y antes de las más cordiales y hasta íntimas, y no lo animaba mala voluntad ninguna contra nadie al hacer esta declaración. Añade que a principios de octubre de 1886, cuando se debatía la cuestión de un nuevo proceso ante el juez Gary, y cuando según se habían enterado, se solicitó del juez Gary permiso para examinar al deponente en pleno tribunal sobre este particular, el deponente, a instancias del Procurador Grinnell, Mr. Ingham y el mencionado de Ryce, en presencia de varias personas más, entre ellas algunos oficiales de policía, donde el deponente repitió lo anteriormente expuesto, y dijo que así lo declararía si era llamado como testigo, pero se había negado a hacer una declaración jurada al efecto, y en *aquel lugar y momento se pidió e instó al deponente para que persistiese en su negativa.*

Esta declaración lleva fecha de 7 de noviembre de 1887 y de ella da fé el notario Julius Stern.

Hasta donde se puede ver, ninguna persona relacionada con la oficina del fiscal del Estado ha negado las declaraciones de Mr. Favor respecto a lo que tuvo lugar en dicha oficina, aunque dichas declaraciones se hicieron en noviembre de 1887.

Cuanto al alguacil Ryce, parece que ha hecho una declaración jurada en la que niega lo jurado por Mr. Favor, pero, desgraciadamente para él, lo que arrojan los autos le es enteramente desfavorable, puesto que se ve claramente que sólo citó a hombres de la clase mencionada, por Mr. Favor. Según los autos, se examinaron 981 individuos y la mayoría eran patronos u hombres indicados al alguacil por sus patronos. Hé aquí algunas muestras de las contestaciones de casi todos los jurados.

EXAMEN DE LOS JURADOS

William Neil, fabricante, fué examinado extensamente; dijo haber leído y oído hablar del suceso de Haymarket, y que creía bastante de lo que había leído y oído para formar opinión sobre la culpabilidad de los reos, opinión que todavía conservaba; que había expresado dicha opinión; y añadió después: "Sería necesario que la evidencia fuese muy fuerte para desarraigar la impresión que existe en mi mente. Creo que mi opinión actual, basada en lo que he leído y oído, me acompañaría a través del proceso, e influiría en la determinación de mi veredicto."

Fué rechazado por los reos por hallarse predispuesto, pero el juez le hizo decir que creía poder dar un veredicto imparcial, cualesquiera que fuera la evidencia que se le presentara, y la recusación fué anulada.

L. LING

H. F. Chaudler, dedicado al negocio de papelería, en compañía de Skeen, Stuard y Cía., dijo: "Mi patrón me señaló al alguacil para que me llamase a servir de jurado. Dijo después que había leído y hablado sobre el suceso de Haymarket, y formado y expresado con frecuencia su opinión sobre la culpabilidad de los reos, y que creía lo que había leído y oído. Se le preguntó:

P. — ¿Es una opinión decidida sobre la culpabilidad de los reos?

C. — Es una opinión decidida, sí señor.

P. — ¿La cuestión de culpabilidad o inocencia ya está bien resuelta en su mente?

C. — Sí, señor.

P. — ¿Sería difícil hacerle cambiar de opinión?

C. — Podría ser difícil. No puedo decirlo. No se si sería difícil o no. Fué recusado, por estar predispuesto; después el juez se hizo cargo de él y lo examinó extensamente, haciéndole decir que creía que podía juzgar el caso con imparcialidad. La recusación fué anulada.

F. L. Wilson. — Soy fabricante. Estoy predispuesto y he formado y expresado mi opinión; esta opinión influiría en la determinación de mi veredicto.

Fué recusado pero el juez lo examinó:

P. — ¿Tiene usted conciencia propia de algún deseo de que se presente en esta causa una evidencia que pruebe a alguno de estos hombres culpables?

C. — Creo que la tengo.

Estrechado todavía más por el juez dijo que el único sentimiento que abrigaba contra los reos se basaba en haber aceptado como cosa concedida que lo que había leído era, por lo general, cierto; *que creía que al ocupar el puesto de jurado, lo que había leído y oído sobre el caso aumentaría o disminuiría el efecto de la evidencia en pro o en contra de los acusados.* Estrechado más aún por el juez dijo finalmente: "Siento la esperanza de que el culpable sea descubierto o castigado, pero no que lo sean necesariamente estos hombres.

P. — ¿Está usted consciente de algún otro deseo sobre el particular fuera del de que se descubra la verdad?

C. — Creo no estarlo.

La recusación fué entonces anulada.

H. N. Smith, del ramo de ferretería, dijo entre otras cosas que estaba predispuesto y que abrigaba una opinión decidida sobre la culpabilidad o inocencia de los acusados, que había expresado esta opinión y todavía la conservaba, declarando candidamente que temía que se inclinaría a escuchar con más atención el testimonio que estuviese conforme con su opinión que el contrario; que algunos de los policías lesionados eran amigos suyos. Se le hicieron estas preguntas:

P. — ¿Es decir que de muy buen grado dejaría usted que le robustecieran esa opinión, y le dolería o mortificaría mucho que se la hicieran perder?

C. — Sí, señor.

P. ¿*Bajo estas circunstancias cree usted poder dar un veredicto imparcial?*

C. — *Creo que no podría.*

P. — ¿*Cree usted que se hallaría predispuesto*?

C. — Así lo creo porque tengo muy amargos sentimientos.

P. — ¿Y su predisposición influiría en modo alguno en la formación de una opinión o la determinación de un veredicto?

.— Creo que sí.

Fué recusado por predisposición. Interrogado prolijamente por el juez se le hizo decir que creía que juzgaría el caso con imparcialidad, según la evidencia que se presentase en el tribunal. Entonces la recusación fué anulada.

James H. Walker, dueño de una tienda de ropa, dijo que había formado y expresado una opinión sobre la culpabilidad de los acusados; que estaba predispuesto y que su predisposición le cohibiría.

P. — ¿Considerando todos los prejuicios y opiniones que usted tiene, si el testimonio estuviese igualmente equilibrado, decidiría usted de una u otra manera su conformidad con esos prejuicios y opiniones?

C. — Si el testimonio estuviese igualmente equilibrado, conservaría mi opinión actual.

P. — Suponiendo que su opinión actual es que los acusados son culpables, ¿cree usted que su opinión actual lo justificaría en condenarlos?

C. — Presumo que sí.

P. — Es decir, cree usted que sí; esa es su creencia actual ¿no es eso?

C. — Sí, señor.

Fué recusado por hallarse predispuesto. El juez lo examinó entonces prolijamente, preguntándole finalmente:

.—¿Cree usted que puede sentarse aquí a determinar imparcialmente, según la evidencia, si esa evidencia prueba que son culpables fuera de toda duda razonable o no?

C. — Creo que sí podría, pero me hallaría un tanto cohibido en mi juicio, señor.

Entonces el juez en presencia de los jurados que no habían sido examinados todavía dijo:

Pues bien, esa es una cualidad suficiente en un jurado; por supuesto, mientras más cohibido se encuentre un hombre, más se resguardará contra ello.

H. L. Anderson fué examinado extensamente y dijo haber formado y expresado una opinión, que todavía abrigaba, y que se hallaba predispuesto, pero que podría desechar sus preocupaciones y juzgar imparcialmente según la evidencia. Vuelto a interrogar dijo que algunos de los policías lesionados eran amigos suyos, y que había hablado con ellos. Había formado su incondicional opinión sobre la culpabilidad o inocencia de los reos, opinión que consideraba muy arraigada, estando firmemente convencido de que estos reos, o algunos de ellos, eran culpables. Fué recusado por su predisposición, pero la recusación fué desestimada.

M. D. Flavin, dedicado al negocio de mármoles, dijo haber leído y hablado sobre el suceso Haymarket, y que había hablado y expresado opinión sobre la culpabilidad o inocencia de los reos, opinión que todavía abrigaba y que era muy fuerte; además, que uno de los oficiales muertos en Haymarket era pariente suyo, aunque lejano; pero este parentesco hacía que sus sentimientos fuesen quizás distintos de los que hubieran sido bajo otras circunstancias, ocasionando en su ánimo una muy firme opinión sobre la culpabilidad de los reos, y que había dicho a otros que creía lo que había leído y oído decir del asunto. Fué recusado por predisposición, y entonces dijo, en contestación a una pregunta del fiscal, que creía poder dar un veredicto imparcial, y la recusación fué desestimada.

Rush Harison, del departamento de seda de la casa de Edson Keith y Cía., fué examinado extensamente; dijo tener una convicción profundamente arraigada sobre la culpabilidad o inocencia de los acusados. Dijo:

"Tendría un peso considerable en mi ánimo si fuese yo jurado. Es una opinión que ha echado profundas raíces, y se necesitaría gran preponderancia de evidencia para extirparla; sería necesaria una preponderancia de evidencia para hacer desaparecer la opinión que hoy abrigo. Mis sentimientos son los de todos los demás buenos ciudadanos. *Siento que estos hombres son culpables, no sabemos cual de ellos; hemos formado esta opinión por lo que hemos leído en los periódicos. Siendo estos nuestros sentimientos, se necesitaría una evidencia muy positiva para hacerme creer que estos hombres no son culpables; eso es lo que quiero decir.* Descansaría enteramente en el testimonio.

P. — Pero dice usted que se necesitaría una evidencia muy positiva de su inocencia para que usted los exculpase?

C. — Sí, necesitaría una evidencia muy fuerte.

P. — ¿Entonces, si esa fuerte evidencia no se introduce, su ánimo se inclina a condenar?

C. — Ciertamente.

Fué entonces recusado por estar predispuesto, y el juez procedió a interrogarle, haciéndole finalmente decir que creía poder juzgar el caso imparcialmente, atendiéndose solamente a la evidencia; entonces la recusación fué desestimada.

Estos interrogatorios son muestras de lo que pasó con el jurado, y demuestran de un manera concluyente que el alguacil Ryce cumplió la amenaza a que alude Mr. Favor bajo juramento. Casi todos los jurados llamados dijeron que habían leído y hablado sobre el asunto y creían lo que habían leído y oído, y habían formado y expresado una opinión, que conservaban, sobre la culpabilidad o inocencia de los reos; que estaban predispuestos contra éstos; que esta disposición estaba profundamente arraigada, y sería preciso que la evidencia la desarraigase.

Muchos dijeron que habían sido señalados al alguacil por sus patronos. Muchos declararon francamente que creían culpables a los reos, y los condenarían a no ser que sus opiniones fuesen contrarrestadas por pruebas muy fuertes, y casi todos, después de estas declaraciones, fueron examinados por el juez y obligados a decir que juzgarían el caso imparcialmente, ateniéndose a la evidencia presentada en el tribunal, y una vez llevados a este punto, eran declarados competentes para servir de jurados, y los reos se vieron obligados a agotar sus recusaciones perentorias para librarse de hombres que en plano tribunal habían declarado estar predispuestos y creer en la culpabilidad de los reos.

Los doce jurados que los reos se vieron finalmente obligados a aceptar después de agotadas las recusaciones, eran del mismo carácter general que los demás, y algunos de ellos dijeron con todo candor que su predisposición era tanta que no podrían juzgar el caso con imparcialidad, pues cada uno de ellos al ser examinado por el juez fué inducido finalmente a decir que creía que podía juzgar el caso imparcialmente ateniéndose únicamente a la evidencia presentada al tribunal.

Resulta, pues, de todo esto, considerando los hechos que se han revelado después del proceso, lo mismo que los autos y las contestaciones de los jurados contenidas en los mismos, que se demuestra claramente que, si bien el abogado defensor consintió en ello, lo cierto es que Ryce fué nombrado por sugestión del abogado del Estado, y que el mencionado Ryce citó en efecto a un jurado predispuesto que él creía que condenaría a la horca a los acusados, y, además, que se llamó la atención del juez antes de completar el jurado hacia el hecho de que Ryce sólo estaba citando a esas clases de hombres, que se pidió al juez que remediase esto, pero que el juez no hizo caso, permitiendo a Ryce que continuase y obligando a los reos a ser procesados ante semejante jurado.

Si bien no hay prueba de que haya habido connivencia entre el fiscal y el juez, se demuestra claramente que después del veredicto, y mientras se hallaba pendiente la moción solicitando un nuevo proceso, se formuló en el tribunal la acusación de que el jurado había sido formado ilegalmente, y el fiscal logró que Mr. Favor no hiciese declaración escrita sobre este punto, y entonces el juez se negó a tomarlo en cuenta, no obstante habérsele enterado de que Mr. Favor no haría la declaración jurada por escrito, pero estaba dispuesto a declarar verbalmente en el tribunal si el juez así lo deseaba.

Bastan estos hechos para justificar la intervención ejecutiva, especialmente si se tiene en cuenta que la declaración jurada d Mr. Favor no se hallaba ante el Tribunal Supremo cuando estaba considerando el caso.

DECISION DEL TRIBUNAL SUPREMO SOBRE LA COMPETENCIA DE LOS JUADOS.

2 El segundo aserto de los peticionarios me parece igualmente incontrastable. En el caso del Pueblo contra Coughlin, conocido por el caso Cronin, y decidido recientemente, el Tribunal Supremo, en un resumen muy notable y concluyente de la legislación sobre el asunto, dice entre otras cosas:

"Con sustancial uniformidad han sostenido este y otros tribunales que, cuando se muestra claramente que existe en el ánimo del jurado al ser llamado a ocu-

EL CRIMEN DE LA PLUTOCRACIA YANQUI

A. SPIES

EL CRIMEN DE LA PLUTOCRACIA YANQUI

par su puesto una opinión fija y positiva sobre los méritos del caso, o la culpabilidad o inocencia del acusado, su declaración de que, no obstante dicha opinión, puede dar un veredicto imparcial según la ley y la evidencia, tiende muy poco o nada a establecer su imparcialidad. Un jurado que ha declarado bajo juramento abrigar una opinión fija y positiva sobre la culpabilidad o inocencia del acusado no puede, en efecto, ser imparcial."

Cualquiera que haya sido la acusación presentada contra los reos, éstos tenían derecho a un juicio imparcial, y no hay peligro que más grave sea para nuestras instituciones que el ver nuestros tribunales dejarse guiar y arrastrar por el clamor público, y cuando el juez que presidió esta causa decidió que un pariente de uno de los muertos era un jurado competente, y que su parentesco le hacía sentir lo que bajo otras circunstancias no sentiría, y cuando, en repetidas ocasiones, falló el juez que los que habían declarado candidamente que creían culpables a los reos y que necesitarían gran preponderancia de evidencia para creer otra cosa eran competentes como jurados, simplemente porque fueron inducidos bajo la hábil manipulación del juez, a declarar que *creían* que podían juzgar el caso imparcialmente ateniéndose a la evidencia, cuando tal cosa acontece no puede decirse que los procedimientos tengan ni la menor sombra de imparcialidad.

¿RESULTA CULPABILIDAD DE LAS PRUEBAS?

3 El Estado no ha descubierto jamás quien arrojó la bomba que mató a los policías, y la evidencia no demuestra conexión ninguna entre los reos y el hombre que la arrojó. El juez presidente, al desestimar la moción para una nueva vista de la causa, y recientemente, en un artículo publicado en una revista, ha dicho:

"El fallo adverso no ha descansado en que ellos tuviesen en realidad participación alguna en el acto particular que causó la muerte de Degan, sino que descansa en el hecho de que los acusados, verbalmente, o por medio de la prensa, aconsejaron a las clases numerosas del pueblo, no a individuos particulares, sino a las clases numerosas, que asesinasen, dejando la comisión, fecha y lugar del crimen, al capricho y voluntad individual de cada oyente que recibiese el consejo, y que, a consecuencia de ese consejo, en obediencia a ese consejo, e influenciado por ese consejo, cierta persona desconocida arrojó la bomba que causó la muerte de Degan. Ahora bien, si esto no es un principio correcto de derecho, entonces los acusados, por supuesto, deben ser procesados nuevamente. Este caso no tiene precedentes; no hay ejemplo en los libros de un caso como éste."

Razón tuvo el juez al decir que este caso carecía de precedentes, y que no podía hallarse en los libros un ejemplo en que apoyar semejante exposición de la ley. Porque desde que el gobierno se viene sosteniendo y el crimen castigando, nunca, en siglo ninguno, ha habido juez ni país civilizado que haya expuesto semejante ley. Los peticionarios pretenden que se dió esta interpretación a la ley, porque, no habiéndose descubierto al verdadero culpable, no se hubiera podido de otro modo condenar a nadie; que esto se hizo para calmar la furia del público, y que por el mismo motivo se permitió que quedase en pie el fallo. No discutiré esto. Pero aún aceptando semejante exposición de la ley, necesario era probar, fuera de toda duda razonable, que la persona que cometió el acto violento había oído o leído, por lo menos, el consejo, porque si no lo oyó o no lo leyó, no puede decirse que lo recibió, y si no lo recibió es lógico que no cometió el acto violento en obediencia a ese consejo, y he aquí donde el caso del Estado se desmorona; a pesar del celo que demostró en la consecución del veredicto condenatorio, el juez, en el artículo ya mencionado, dice al tratar este punto:

"Es cierto, probablemente, que Rodolfo Shwab arrojó la bomba, lo cual no es más que una conjetura y no basta ciertamente para condenar a ocho hombres. En efecto, mientras el Estado no pruebe de manos de quién salió la bomba, es imposible hacer ver conexión ninguna entre el hombre que la arrojó y estos acusados.

Se hace ver, además, que toda la materia contenida en los autos y extensamente citada por el juez en su artículo, para demostrar el uso de un lenguaje sedicioso e incendiario, muy poca significación reviste cuando se considera la fuente de donde proviene; los dos periódicos en que aparecieron durante años a intervalos algunos artículos, eran hojas obscuras que apenas tenían circulación, y los mismos artículos fueron escritos en momento de gran excitación pública en que cierto elemento de la comunidad pretendía haber sido víctima de un ultraje, y lo mismo puede decirse de los discursos de los acusados y otros; el lenguaje, al parecer sedicioso, era el que siempre se oye cuando los hombres se imaginan agraviados, o están excitados o ebrios en parte, y en cuanto a la tan decantada y gigantesca conspiración anarquista, ni el mismo que a la sazón era jefe de policía cree en ella, como se verá más adelante, y no es digna de seria atención, en vista del hecho de que, teniendo Chicago entonces cerca de un millón de habitantes, a las reuniones que se verificaban en la ribera del lago durante el verano, convocadas por estos agitadores, solo concurrían unas cincuenta peronas, mientras que las celebradas bajo techo eran todavía más reducidas. No hay que confundir las reuniones que de vez en cuando celebraban las masas del pueblo trabajador con aquellas de que se habla más arriba, aunque en tiempos de excitación se oyen siempre muchas violentas palabras pronunciadas por personas irresponsables, y olvidadas después de que termina la excitación.

R. PARSONS

Se hace ver, además, que esta bomba fué arrojada, según todas las probabilidades, por alguna persona deseosa de realizar una venganza personal; que la conducta previa de las autoridades no hacía esperar otro resultado, que años antes del suceso de Haymarket habían ocurrido perturbaciones obreras y que, en varios casos, un número de trabajadores, enteramente inocentes, habían sido asesinados a sangre fría por los agentes de Pinkerton, sin que la justicia castigase a los asesinos. La evidencia de la sumaria de los *coroners* demuestra que por lo menos en dos casos, se disparó y dió muerte a hombres que huían, no habiendo, por lo tanto, ocasión de disparar; que en Chicago habían ocurrido varias huelgas en que la policía, no solamente se puso del lado contrario a los huelguistas, sino que, sin autoridad ninguna, invadió y dispersó reuniones pacíficas, y en muchos casos apaleó brutalmente a hombres inofensivos. Se hace alusión a la opinión del juez Mc Allister en el caso de la Asociación de Ensambladores contra Brennan y otros. Entre otras cosas, el juez Mc Allister dice que "la sociedad estando celebrando una reunión de 200 o 300 individuos, la mayoría oficiales ebanistas, pero algunos propietarios o delegados de éstos, con el objeto de conferenciar pacíficamente, y estando desarmados todos los concurrentes, y sentados de espaldas a la entrada, habiendo muy pocas personas en el escenario, una fuerza de quince a veinte policías entró repentinamente en el salón, empuñando cada policía un palo con una mano y un revolver con la otra, y sin detenerse a examinar el carácter de la reunión, y gritando: "¡Fuera de aquí..." "empezaron a apalear a la gente y hasta llegaron a disparar algunos tiros. Un joven recibió un tiro en la cabeza, que le causó la muerte. Pero no no es esto todo. Al apresurarse los concurrentes a escapar del salón, encontraron más policías estacionados a uno y otro lado de la escalera que conducía a la calle, de quienes recibían sendas palizas al pasar, con toda la violencia, al parecer, practicable bajo las circunstancias."

Jacob Beresdorf, fabricante de muebles, y que daba empleo a 200 hombres, había sido invitado a la reunión y fué, pero al querer entrar un anciano inofensivo cayó a sus pies por el palo de la policía.

Estos hechos generales fueron establecidos por una masa abrumadora de testimonios. No es necesario entrar en más detalles.

El principal derecho político del ciudadano en nuestro gobierno, basado en la voluntad popular regularizada por la ley, es el derecho del sufragio, del cual son auxiliares dos derechos más de casi igual importancia.

1 El derecho a la libertad de la palabra y de la imprenta.

2 El derecho del pueblo a reunirse pacíficamente para consultar sobre el bien común.

Estos se hallan sobre los principios fundamentales del gobierno y están garantizados por nuestra constitución. La sección 17, artículo 2 de la carta de derechos declara: "El pueblo tiene el derecho de reunirse pacíficamente para consultar sobre el bien común; dar a conocer sus opiniones a sus representantes y solicitar el desagravio de sus males." Los jurisconsultos consideran estos derechos como inalienables e inherentes a cada individuo." Hasta aquí la decisión del juez Mc. Allister.

Ahora bien, se ha demostrado que no se hizo caso ninguno de la decisión del juez Mc. Allister; que las reuniones pacíficas eran invadidas y dispersas, y las personas inofensivas apaleadas; que en 1885 hubo una huelga en la fábrica de segadores de Mc Cormick con motivo de una reducción de jornales, y algunos agentes de Pinkerton, al dirigirse allí, fueron acogidos con sorna y cuchufletas por algunas personas que estaban en la calle, disparando ellos entonces contra la multitud e hiriendo fatalmente a varias personas que no habían tomado parte en ninguna perturbación; que cuatro de los agentes de Pinkerton fueron acusados de este asesinato por el gran jurado, pero que el fiscal, al parecer, no se tomó interés ninguno en el caso y lo prorogó repetidas veces hasta cansar a los testigos, resultando que finalmente los asesinos escaparon a la justicia; que después de esto hubo una huelga en el ferrocarril urbano de West División, y que algunos de la policía, bajo la dirección del capitán John Bonfield cometieron brutalidades nunca vistas hasta entonces; que hasta los pequeños tenderos parados a las puertas de sus tiendas y que carecían de todo interés en la huelga eran apaleados, metidos sin ceremonia en los carros de policía y encerrados sin presentar acusación ninguna contra ellos, ni siquiera hacer el debido asiento en el libro; que una petición firmada por unos mil ciudadanos prominentes de la calle de West Madison y sus inmediaciones fué enviada al Alcalde y al Ayuntamiento para que se destituyera a Bonfield, cosa que no pudo conseguirse porque la influencia política de Bonfield era mucha. Debe advertirse que la acusación de brutalidad no se refiere a todos los policías de Chicago. Hay muchos oficiales hábiles, honrados y de conciencia que cumplen tranquilamente con su deber, de una manera humanitaria y completa.

En comprobación de todo esto se presentan varios documentos, entre ellos una carta de los directores de una corporación, la Compañía del Alumbrado de Gas del Pueblo, que es una de las que más hombres emplea en Chicago, y en la que se hace ver, bajo fecha de 21 de noviembre de 1885, el tratamiento que ciertos obreros de dicha corporación recibieron a manos del Capitán Bonfield y por orden suya durante la huelga de Ferrocarril Urbano de West division. Se presentan asimismo cartas de diferentes individuos exponiendo el tratamiento inhumano e injusto que recibieron a manos de Bonfield y sus hombres durante el año 1885, sin motivo, provocación ni justificación ninguna.

Con fecha 4 de mayo de 1893, el Capitán Schaack escribe a G. E. Detroiler redactor del periódico "Rights of Labor" diciéndole que cuando la huelga del ferrocarril urbano él era teniente de la fuerza de policía y vió a Bonfield maltratar innecesariamente a muchos hombres, y que, en la tarde del 13 de abril de 1885, Bonfield le dirigió las siguientes palabras: "Si algunos de ustedes, los santurrones y misericordiosos hubieran usado el palo libremente por la mañana no necesitarían usar el plomo esta tarde" Yo le contesté que no comprendía

S. FIELDEN

la necesidad de usar el palo, y que si llegaba la ocasión de usar el plomo, creía que mis oficiales podrían darlo y tomarlo también. Añadiré que en mi opinión la ocurrencia fué brutal e injustificada.

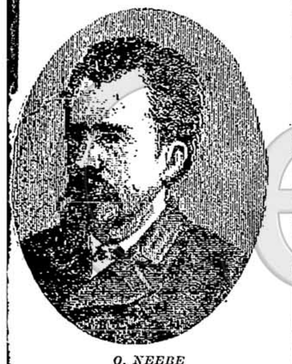
Se hace ver además que repetidas veces se pretendió castigar a los criminales de uniforme, pero en vano; que el pueblo trabajador siempre hallaba las prisiones abiertas de par en par para recibirlo, y los tribunales de justicia prácticamente cerrados para ellos; que en la primavera de 1886 hubo más perturbaciones obreras en la fábrica de Mc Cormick; que bajo la dirección del Capitán Bonfield, las brutalidades del año anterior se redoblaron; que la policía cometió asesinatos sin provocación ninguna, sin que se hiciera la más leve investigación.

Ahora bien: aunque hay hombres que se someten tranquilamente a ser apaleados y ver matar tranquilamente a sus hermanos, también los hay que resisten semejante tratamiento y dan cabida en su pecho a sentimientos de odio que les hacen buscar venganza, y las ocurrencias que precedieron a la tragedia de Haymarket indican que la bomba fué arrojada por alguna persona, que lejos de seguir el consejo de nadie, procuraba simplemente realizar una venganza personal por haber sido apaleado, y que el capitán Bonfield es el hombre que en realidad es el culpable de la muerte de los oficiales de policía. Se hace ver que el carácter de la reunión de Haymarket está conforme con esta manera

EL CRIMEN DE LA PLUTOCRACIA YANQUI

de considerar el caso; que la evidencia prueba que no había más de 800 o 1000 personas presentes, y que fué una reunión pacífica; que el Alcalde de la ciudad estaba presente y no vió nada extraordinario y que permaneció hasta que la multitud empezó a dispersarse, habiendo terminado practicamente la reunión; que si la policía hubiera permanecido ausente 20 minutos más, nadie hubiera quedado allí, pero tan luego como Bonfield supo que el Alcalde se había retirado, no pudo resistir a la tentación de aplicar a unas cuantas personas más, y se dirigió allí con un destacamento de policía para dispersar la reunión, y al presentarse la policía la bomba fué arrojada por una persona desconocida, y varios oficiales inocentes y fieles, que no creían más que obedecer una orden infundada de su superior, fueron muertos; todos estos hechos tienden a demostrar la improbabilidad de que la bomba fuese arrojada como resultado de una inspiración por parte de los acusados para asesinar; si la teoría del fiscal fuera correcta se hubiesen arrojado muchas bombas más; y el haberse arrojado una sola demuestra que fué un acto de venganza personal.

Se hace ver además, que gran parte de la evidencia presentada en el proceso fué más que invención; que el celo de algunas prominentes autoridades de policía llegó no sólo hasta aterrorizar a hombres inocentes encerrándolos en un calabozo y amenazándolos con el tormento si se negaban a jurar lo que de-



O. NEEBE

seaban, sino que hasta ofrecieron dinero y empleo a los que consintiesen hacer esto. Proyectaron además deliberadamente formar conspiraciones ficticias para llevarse la gloria de haberlas descubierto. En apoyo de esto se hace referencia a varios documentos, entre ellos una entrevista con el Capitán Ebersold, publicada en el "Daily News" de Chicago del 10 de mayo de 1889. Ebersold era jefe de la policía de Chicago cuando las ocurrencias de Haymarket. Entre otras cosas dice: *Después que aniquilamos las sociedades anarquistas, Schaac quería enviar hombres a organizar nuevas sociedades inmediatamente. Quería tener a cosa en ebullición para conservar su prominencia ante el público. Yo me opuse.*

Esto es importantísimo, por cuanto arroja un diluvio de luz sobre toda la situación y destruye la fuerza de gran parte del testimonio presentado en el proceso.

Diré simplemente para terminar la consideración de este aspecto del caso, que los hechos tienden a demostrar que la bomba fué arrojada por una persona determinada a realizar una venganza personal, y que el fiscal jamás ha descubierto quien la arrojó, y la evidencia no prueba absolutamente que el hombre que la arrojó haya leído u oído una palabra de los reos; por consecuencia, no hay prueba de que haya obrado a consejo alguno de ellos. Y si no obró en obediencia a ese consejo, entonces no había lugar a procesar a los acusados, aun aceptando la manera de interpretar la ley del juez Gary.

FIELDEN Y SHWAB

En el proceso, un número de policías secretos y miembros de la fuerza de policía juraron que el acusado Fielden, en la reunión de Haymarket prorrumpió en amenazas de muerte, exhortando a sus oyentes a que cumpliesen con su deber como él cumpliría con el suyo, en los mismos momentos en que llegaba la policía, y un policía jura que Fielden sacó un revólver y disparó contra la policía mientras estaba parado en el carretón y antes de arrojarse la bomba, mientras que otros declararon que primeramente se apeó del carretón y disparó mientras se hallaba parado al lado de una rueda. Por otra parte, se probó con un número de testigos, hechos y circunstancias, que esta evidencia tenía que ser absolutamente falsa. Un número de reporters de periódicos que testificaron por parte del Estado, dijeron haber estado parados cerca de Fielden, mucho más cerca que la policía, y haber oído lo que se dijo y visto lo que se hizo; que habían sido enviados allí con ese objeto, y que Fielden no prorrumpió en semejante amenaza, ni usó revólver ninguno. Otros que estaban cerca, y hasta en el mismo carretón, juran lo mismo. El mismo Fielden jura que no prorrumpió en semejante amenaza, y además que nunca había tenido ni usado revolver en su vida. Pero el mismo juez Gary y el mismo fiscal Grinnell vienen a disipar toda duda sobre esto.El 8 de noviembre de 1887, cuando se hallaba pendiente ante el gobernador la cuestión de la conmutación de la sentencia, el juez Gary escribió una larga carta en que hablando de Fielden, dice: "Hay en el temperamento y carácter privado de este hombre un amor a la justicia, e impaciencia ante los sufrimientos inmerecidos... *En su propia vida privada fué un obrero laborioso, honrado y pacífico. Al hablar en el tribunal antes de la sentencia se mostró respetuoso y decoroso. Su lenguaje y conducta desde entonces han sido irreprochables. Como quiera que no hay evidencia de que el supiese de alguna preparación para cometer el acto específico de arrojar la bomba que mató a Degan, no puede comprender que los consejos generales a las masas del pueblo incitándolas a la violencia le hacen responsable de la violencia cometida bajo este consejo... En una palabra, ha sido más bien un entusiasta extraviado que un criminal consciente de las consecuencias terribles de sus enseñanzas y de su responsabilidad.*"

El fiscal, en una carta que sirve de apéndice a la del juez, dice que la conducta de Schwab durante el proceso, como la de Fielden, fué decorosa, respetuosa y laudable. Añade que en su opinión Schwab era un instrumento dócil en manos de otra persona, y que Schwab parecía carecer de amigos.

Si lo que el juez Gary dice de Fielden es cierto, entonces el testimonio de Fielden merece crédito, y cuando Fielden dice que no hizo las cosas que la policía le imputa, probablemente dice la verdad, máxime si se tiene en cuenta que está corroborado por otros testigos desinteresados y fidedignos.

En el otoño de 1887, un número de hombres prominentes de Chicago se reunieron para consultar si debían o no solicitar la clemencia ejecutiva. Mr. Grinnell estaba presente y pronunció un discurso en que dijo que abrigaba serias dudas de que Fielden tuviese un revolver en esa ocasión, o de que jamás lo hubiese tenido.

Sin embargo, al argüir el caso ante el Tribunal Supremo la primavera anterior, el Estado hizo mucho hincapié en la evidencia relativa a lo que Fielden hizo en la reunión de Haymarket, soliviantando al Tribunal y haciéndole atribuir gran importancia a dicha evidencia.

Es evidente, pues, que no se ha probado nada contra Fielden, y como se ha demostrado, a fin de considerarlo culpable, lo mismo que a los demás, a las consecuencias de los perniciosos efectos de sus enseñanzas orales o impresas, hay que probar que la persona que cometió la violencia había leído u oído dichas enseñanzas, pues mientras no las leyese u oyese no podría decirse que las había recibido, y, no habiéndolas recibido no puede decirse que las ha obedecido.

EL FISCAL Y LA INOCENCIA DE NEEBE

A la conclusión de la evidencia del Estado, el Hon. Carter H. Harrison, a la sazón Alcalde de Chicago, y F. S. Winston, abogado de la corporación de Chicago, tuvieron una conversación con el fiscal Grinnell respecto a la evidencia contra Neebe, en la cual conversación, según Mr. Harrinson y Mr. Winston, el fiscal dijo que no creía que hubiese caso alguno contra Neebe, y que quería declarar que no había lugar a procesarlo, pero que sus colegas lo habían disuadido por temor de que semejante paso influenciara al jurado a favor de los demás acusados.

Mr. Harrinson en una carta, dice, entre otras cosas, que estaba presente en tribunal cuando concluyó el caso del Estado. El abogado de Neebe, propuso se pusiesen en libertad, puesto que no había pruebas contra él. "El fiscal, Julio F. Grinnell, Mr. Fred S. Winston y yo conversábamos animadamente mientras se presentaba la proposición. *Mr. Grinnell nos dijo que no creía que hubiese suficiente testimonio para condenar a Neebe.* Entonces yo le aconsejé que como representante del Estado, declarase no haber lugar a retener a Neebe, y si mal no recuerdo, creo que estaba pensando seria-

S. SHWAB

mente en hacerlo así, pero consultando con sus colegas, determinó no hacerlo por temor de que semejante paso tuviese un efecto pernicioso para los demás casos.

Mr. Winston añade lo siguiente a la carta de Mr. Harrinson:

"Marzo 21, 1890. — Estoy de acuerdo con lo que dice Mr. Harrinson; jamás creí que hubiese evidencia suficiente para condenar a Neebe, y así lo dije durante el proceso. — F. S. Winston.

En enero de 1890, Mr. Grinnell escribió una carta al gobernador Fifer negando haber declarado lo que decían Mr. Harrison y Mr. Winston; añadiendo que creía a Neebe culpable; que Mr. Harrison sugirió que se exonerase a Neebe, y que no le hubiera sorprendido que Mr. Harrison hubiera sujerido lo mismo respecto de los demás ; y que lo que dijo entonces a Mr. Harrison fué en sustancia, que temía que el jurado no *creyese que el testimonio presentado en el caso de Neebe fuese suficiente para condenarlo, pero que al jurado incumbía determinar eso.*

Ahora bien, si lo dicen los Sres. Harrison y Winston es cierto,entonces Mr. Grinnell no debió haber permitido que Neebe fuese enviado a la penitenciaria y si, por otra parte, asumimos que tanto Mr. Harrison como Mr. Winston se equivocan, y que Mr. Grinnell no dijo más que lo que ahora dice, entonces el caso debió parecerle demasiado débil. Si, con un jurado predispuesto, desde un principio, un juez, estrechándolo para que condenase, en medio de la furia casi irresistible con que se dirigió el proceso, temía que el jurado no considerase el testimonio suficiente para condenar a Neebe, entonces muy débil, en verdad, le debió haber parecido el testimonio.

Cuando se presentó la moción para que se declarase no haber lugar a retener a Neebe, el abogado de los acusados pidió que se permitiese al jurado retirarse mientras se argüía la moción, pero el juez no lo consintió, reteniendo al jurado donde pudiera oír todo lo que el juez decía, y cuando empezó el argumento sobre la moción por parte del abogado defensor, el juez no esperó a oír al fiscal, sino que inmediatamente se puso a discutir con el abogado defensor, de manera que veinticinco páginas de los autos están llenas de un coloquio o duelo de palabras entre el juez y el abogado defensor, permitiéndose el juez, en presencia del jurado, hacer insinuaciones sobre las deducciones que el jurado podría sacar del hecho de que Neebe, poseía ciertas acciones de un periódico llamado *Arbeiter Zeitung* y había estado allí, aunque no tomó parte en su dirección sino hasta después del suceso de Haymarket, apareciendo que el *Arbeiter Zeitung* había publicado artículos muy sediciosos, con los cuales, sin embargo, Neebe no tuvo nada que ver. Varias observaciones más se oyeron de labios del juez, que afectaban seriamente todo el caso y eran perjudiciales a los reos, y, después, aludiendo a Neebe, dijo:

"Si tuvo algo que ver o no con la difusión del consejo de asesinar, es, en mi opinión, una cuestión debatible, que el jurado debe determinar." Finalmente, la moción fué desestimada. — Ahora bien, si se tiene en cuenta la ansiedad del juez para condenar a Neebe, muy débil le debió haber parecido la evidencia contra él, cuando confesó lo que antecede, pues si era cuestión debatible, si la evidencia tendía o no a probar culpabilidad, entonces esa evidencia no debía tener nada de concluyente; y siendo esto así, el veredicto no debió quedar en pie, porque la ley exige que se pruebe a un hombre culpable fuera de toda duda razonable antes de que se le pueda condenar en caso criminal. Yo he examinado toda la evidencia contra Neebe con cuidado, y no he hallado ni sombra de justificación para condenarlo.

Algunos de los demás reos eran culpables de haber usado lenguaje sedicioso, pero ni siquiera esto puede atribuirse a Neebe.

PREDISPOSICION O SOMETIMIENTO DEL JUEZ.

5. Se dice además con bastante acritud que los autos de esta causa demuestran que el juez la dirigió con una ferocidad maliciosa; que obligó a ocho hombres a ser enjuiciados juntos; que al re-interrogarse a los testigos del Estado circunscribió al abogado defensor a los puntos específicos tocados por el Estado; que permitió, por el contrario, al fiscal, cuando interrogaba a los testigos de la defensa que entrase en toda clase de asuntos, enteramente extraños a las cuestiones sobre que se examinaba principalmente a los testigos; también que todos los fallos del prolongado proceso fueron favorables al Estado y, además, que folio tras folio de los autos contienen observaciones incinuantes del juez, oídas por el jurado, y con el intento evidente de hacer pensar al jurado que lo él quería; que estos discursos, procediendo del mismo tribunal, eran más perjudiciales que los mismos discursos del fiscal; que este amenudo recibió intimaciones del juez; que el artículo publicado por el juez recientemente, aunque fué escrito seis años después del proceso, todavía está saturado de veneno; que pretendiendo revisar simplemente el caso, incluyó en su artículo una carta escrita por una mujer excitada a un periódico, después de terminado el proceso, y que nada tenía que ver con el caso, simplemente para crear preocupación contra la mujer, lo mismo contra los muertos que contra los vivos, y que no satisfecho con esto, en el mismo artículo

DISCURSO DEL REVERENDO JOHN C. KIMBALL

Las víctimas de Chicago

En ocasión de la condena de las víctimas de Chicago, el reverendo John C. Kimball pronunció un discurso condenando el fallo de la justicia yanqui y defendiendo las ideas de los anarquistas procesados. Por juzgarlo de interés, ya que es la opinión de un adversario en ideales, lo reproducimos hoy, contribuyendo así a vindicar la memoria de los mártires de la libertad y de la justicia sociales.

"Y le habló otra vez Pilatos, queriendo soltar a Jesús. Mas ellos volvían a dar voces diciendo: — Crucifícale, crucifícale! — Y él les dijo la tercera vez: — ¿Por qué? ¿Qué mal ha hecho éste? Ninguna culpa de muerte he hallado en él; le castigaré, pues, y le soltaré. —Mas ellos instaban a grandes voces pidiendo que fuese crucificado; y las voces de ellos y las de los príncipes y sacerdotes prevalecieron. Entonces Pilatos juzgó que se hiciese lo que ellos pedían."
Lucas XXIII: 20, 21, 22, 23 y 24.

Estas palabras fueron escritas a propósito de un acontecimiento ocurrido hace más de 18 siglos y de una persona a quien hoy se adora como Dios en una gran parte del mundo cristiano; y sin embargo, cuán gráficamente describen ellas las últimas ejecuciones que han tenido lugar en Chicago, así como el sentimiento popular que contribuyó a llevar al cadalso a los anarquistas inmolados. El hecho se ha consumado, se ha respondido al clamor popular, la llamada magestad de la ley se ha vindicado, y ni argumentos ni alegatos ante Pilatos, ni apelaciones a los altos sentimientos de Justicia y de civilización, serían de ningún provecho para volver sus inanimados cuerpos a la vida. Empero, la causa en sí misma no ha desaparecido. Sus enseñanzas, sus actos y sus ejecuciones son solamente la primera línea roja del primer capítulo de un volúmen de mil páginas de la futura historia del mundo. Jamás ninguna otra ejecución preocupó tanto la opinión pública, si se exceptúa la de John Brown; jamás se describieron con tanta prolijidad de palabras, actos y figura de otros hombres; jamás como en este caso se ha deseado saber con tanto ahinco qué gran principio puede ser el que prestó a esos hombres tanta inspiración y tanto valor en presencia de la muerte. Y ahora que ellos han muerto, es nuestro deber como ciudadanos, como cristianos y como estudiantes de filosofía social, analizar los principios y enseñanzas adquiridos por este acontecimiento, a fin de hallarnos preparados para ejecutar en los casos iguales que necesariamente han de ocurrir.

¿Qué es la anarquía? ¿Qué doctrina es esa por la que estos hombres han sacrificado sus vidas, y por la que tantos otros entre los más profundos pensadores de este siglo, están dispuestos a morir propagándola en todas partes del mundo civilizado? Tiene que haber en ella algo digno de estudio. Hombres, muchos de ellos, de vasta inteligencia, no aceptan el martirio por mero antojo. Yo sé que es perjudicial a un hombre de reputación buena, hasta mencionar la palabra; sé que no puede tomarla sobre sí ni aún como objeto de estudio sin que sea considerado como enemigo del buen orden y de la Sociedad, tan grande es la prevención en contra de ella; pero a pesar de esto, yo sé que el mejor medio de tratar la serpiente no es matarla sino analizarla científicamente; yo sé que el mejor amigo de la sociedad no es el que cierra los ojos ante todas sus miserias, aglomerando sobre ellas mayores males, sino al contrario, aquellos que bondadosamente investigan la razón de esas hostilidades, buscan el medio de removerlas y hacer amigos. Y bajo este punto de vista, no como anarquista, sino como cristiano y haciendo siempre justicia, diré lo que pienso sobre este asunto.

Generalmente se cree que la anarquía es una sociedad en completo estado de confusión, desorden y violencia; un estado en el que pequeñas y numerosas facciones se hacen entre sí guerra de supremacía, resultando victoriosas unas hoy y otras mañana; un estado en el cual se hallan destruidas todas las garantías de vida y de prosperidad; un estado, en fin, en el cual cada uno hace lo que le place, juzgando sólo por su propio criterio.

Es posible que haya hombres en el mundo que deseen semejante anarquía: todos los ladrones y villanos; todas esas clases que viven oprimiendo al pueblo; todos los monopolistas, probablemente desarían que predominase un estado tal; ¿pero era esa la anarquía que pregonaban y deseaban los hombres ejecutados últimamente en Chicago? No, no es esa la anarquía en que creen sus compañeros en este país y en todo el mundo.

La palabra anarquía quiere decir literalmente sin gobierno, no sin ley ni orden, y así la entienden los verdaderos anarquistas; un estado social en el cual no haya Poder Autoritario que legisle la acción del hombre. Son de las leyes humanas y no de las naturales, de las que ellos intentan desligarse; los libros de leyes son los que ellos intentan destruir y no la sociedad. Lejos de desear un estado de confusión, desorden y violencia, aspiran a conquistar y asegurar la paz y el orden.

Ellos creen que la presente confusión, desorden y violencia que agobian a la Sociedad es debida a la interposición de los gobiernos artificiales con las leyes naturales, y que el único medio de verse libres de estos males es desligarse de esa causa artificial, humana y necesariamente imperfecta. La naturaleza, dicen ellos, en todas sus relaciones, obra unicamente a impulso de sus leyes interiores. Las flores y la hierba en la pradera crecen juntas en agradable consorcio, y no tienen libros de leyes; los pájaros en la selva, los peces innumerables en el mar, los castores fabricando su malecón, las hormigas — perfectas sociedades en su esfera — no escogen legisladores ni mantienen gobernadores, ni ejecutores, ni policía; — no nada de esto, sino que se rigen únicamente por leyes naturales. Y si estos pueden pasarse sin leyes artificiales, ¿por qué el hombre, con más alto grado de inteligencia, ha de someterse a sus mandatos? En este sentido los discípulos de la Anarquía no combaten la Sociedad, sino que por el contrario son socialistas en la más alta acepción de la palabra. Ellos consideran al hombre como un ser natural y social, a quien, si se le deja en completa libertad por sus propios instintos, constituiría una organización social más perfecta que ninguna de las que el arte humano puede inventar; un organismo igual al cuerpo humano, en el que todos sus miembros tendrían un puesto y ocupación, y en el que todos juntos cooperarían armónicamente. Los gobiernos bajo cualquier forma, lo mismo democráticos y republicanos que autocráticos y monárquicos, son considerados por ellos igualmente malos, viniendo a ser sólo diferentes sogas con las que se ata la libertad individual de los hombres, y cuando los combaten no es en interés del desorden sino de la libertad, de una libertad tan amplia como la que jamás se ha concebido, en la que, libre, el hombre obedezca sólo a las leyes internas de la naturaleza.

Ahora bien, esta proposición, como se ve teoricamente, viene a ser después de todo puramente filosófica. Está en perfecta armonía con esa idea que gradualmente va penetrando en el pensamiento moderno, de que la naturaleza no es enemiga de los hombres, sino su amiga; que sus leyes no necesitan de otras suplementarias, y que observadas estrictamente serían suficientes por sí solas para llenar todas las ciencias; idea que es la raíz de la evolución; idea que los teólogos liberales reconocemos en la esfera de la Religión; idea que la medicina ha vislumbrado; idea a la que tiende el progreso legislativo desde hace doscientos años — la idea de que el pueblo mejor gobernado es aquel que tiene menos gobierno, más aún, es la idea central del mismo Jesús en su doctrina del reinado de Dios en la tierra; y lo más entretenido y extraño en la reciente discusión de la anarquía es ver a los evolucionistas, políticos y cristianos, unidos, levantar sus manos con horror en contra de una doctrina que es el fruto inevitable de sus mejores creencias y la cual enseñan a sus hijos como el más sagrado deber de la vida, cuando por la noche rezan: — *Su reinado viene.*

Hasta ahora he hablado solamente de una clase de anarquistas, de aquellos que creen en la Sociedad y desconocen únicamente al Gobierno. Pero hay otros que avanzan aún más lejos, desconociendo el gobierno y la sociedad, esto es, la sociedad tal cual se halla hoy constituída. Estos últimos miran a su alrededor y hallan sólo injusticias, opresión, pauperismo, degradación y males de todas clases, que no resultan por efecto de las leyes, malas y todo como son en sí, sino por la construcción misma de la sociedad — como, por ejemplo, la tiranía, del rico sobre el pobre y del fuerte sobre el débil las cuales se entronizarían aún más si sólo se destruyera el poder legislativo. Ellos introducirían más profundamente aún la cuchilla, mas abajo de los libros de las leyes, — destruirían la Sociedad, especialmente su organización económica, unos para reconstruirla de nuevo y otros la dejarían permanecer en sus distintos elementos individuales como la condición real más alta del hombre. ¿Qué debe decirse de esta forma de anarquía? ¿Que no hay nada bueno en ella? Pues sí, aquí también hay gran verdad. El progreso humano está sujeto en esto, como en todas relaciones, a dos grandes fuerzas antagónicas, una tratando de destruir la individualidad, haciendo del hombre el todo y organizándolo dentro de una estructura social, su fin; la otra individualidad del hombre como su más alta aspiración y subordina la sociedad a su desenvolvimiento. Cualesquira de estas dos tendencias llevadas a sus extremos serían ruinosas. Una sociedad formada a manera de falansterio en la que el hombre viniera sólo a ser una parte, sería un monstruo negando su objeto. Y un completo individualismo en el que cada cual fuera para sí, y no se prestaran ayuda los unos a los otros, perecería igualmente sin alcanzar virilidad.

La sociedad necesita de ambas; y la naturaleza con esa exquisita sabiduría que deja ver en todos sus actos, del mismo modo que ha dado al sol las fuerzas centripeta y centrífuga, ha dado a la sociedad ambas, y sus nombres son: Organización e Individualismo; Socialismo y Anarquía; — cada una de ellas opera en la humanidad, la una alejando, la otra atrayendo, con ese movimiento rítmico que caracteriza al universo.

Por siglos, así como hoy, la tendencia de la organización ha sido adquirir más fuerza. En todas partes se enlazan los hombres en sociedad y dentro de sociedades. No hay negocio posible sin formar antes una compañía o corporación; — ¿y cuál llegará a ser el resultado? — la acumulación de una inmensa riqueza pero al mismo tiempo la disminución de la actividad humana; prodigiosas manufacturas de las que vendrá a ser el obrero individualmente una rueda giratoria; el ciudadano, un miembro de la sociedad, pero en muchos respectos vendría a ser como hombre muy inferior a sus salvajes antecesores.

Supóngase que este procedimiento se lleve adelante sin límites, ¿cuál será el fin? La Sociedad una Corporación; los trabajadores partes de esa inmensa maquinaria; la multiplicación de los obreros centuplicada; la individualidad del hombre absorvida. Pero no, la Naturaleza no permitiría semejante resultado

CAPITALISMO

---

ataca de una manera insinuante a uno de los abogados de la defensa, no por ningún acto suyo durante el proceso, sino por que más de un año después del proceso, después de haber sido ahorcados algunos de los reos, se aventuró a expresar unos cuantos conceptos erróneos, pero generosos delante de las tumbas de sus clientes, a quienes él, por lo menos, creía inocentes. Se alega que semejante ferocidad o sometimiento al clamor público no tiene paralelo en toda la historia; que el mismo Jeffries, en Inglaterra, se contentaba con ahorcar a sus víctimas, sin vilipendiarlas después de muertas.

Estos cargos son de carácter personal, y, aunque parecen justificados por los autos y los documentos que tengo delante, no es mi intención discutir por más tiempo este aspecto del caso. Estoy convencido de que el deber me ordena claramente intervenir en este caso, por los motivos ya expuestos, y yo, por lo tanto, concedo libertad absoluta a Samuel Fielden, Oscar Neebe y Miguel Schwab hoy 26 de junio de 1893.

JOHN P. ALTGELD

Gobernador de Illinois.

Sociedad, así como no consiente que astros en sus evoluciones choquen y estrellen en el sol. En su majestad mica las fuerzas centrípetas e intes al alcanzar su límite de seguri, se debilitan a sí mismas y entonces fuerzas centrífugas y diferenciales, uellas que tienden a dar preeminena al individuo, alternan con gran actidad en el progreso que estamos hoy esenciando.

Anarquía es simplemente uno de los rminos de esa ley diferencial e integral Spencer sienta como verdad fundaental de esa evolución: ley que muchos conocen con orgullo en varias manitaciones de la Naturaleza, pero que egan como murciélagos cuando se apli a la sociedad y a la escala humana. nsiderada filosóficamente, es tan justa no legítima, y tiene derecho a ser reocida como fuerza antagonista a la tegración.

¿Qué impele a los hombres a ser anquistas? No es que hayan estudiado volución y se digan unos a otros: "Vaos, ha llegado el momento, la fuerza ganizada ha adelantado demasiado, ora debemos nosotros desorganizar, n el fin de guardar la armonía y el ullibrio indispensables. Muchos de ellos habrán oido hablar de Evolución, y reirían si se les esplicara. Lo que ellos n y sienten son las injusticias, degraciones, opresiones, males e imperfeiones de la Sociedad, y estas son las usas que les impelen a trabajar r destruir el orden actual. ¿Y quién drá negar que semejantes males exisn? ¿Quién puede negar que muchos de los están inoculados en el modo de ser la Sociedad y que ese sistema de mpetencia que aparentemente produce nto bien, produce al mismo tiempo n terribles males? ¿Quién es el que ede afirmar que el mundo, a pesar de dos sus adelantos, ha llegado a su mpleto desarrollo?

¿Cómo podrá alcanzarse el perfeccionamiento de la Sociedad? No será por erto destruyendo todo lo existente y menzando de nuevo. Este no ha sido más el método de la Evolución; y cticamente sería tan absurdo como si intentara convertir en átomos el Uniso, haciéndole perder todos sus siglos progreso y empezar de nuevo, para e después de un periodo igual de tiemo y de trabajo, volviéramos al estado que hoy nos encontramos. El método la Evolución es desintegrar hasta erto término, separando los viejos maeriales organizados de modo que puedan rvir de nuevo; abonar la roca para haer crecer la planta en alimento útil ara los hombres y los animales, y de ste modo ascendiendo y adelantando, uién puede decir adonde llegaremos? ara hacer este gran servicio a la Sociad aparecen esas fuerzas anarquistas, a rebelión contra la Sociedad, mejor icho, en rebelión contra los males, imerfecciones e injusticias que entraña la ociedad, siendo estos males lo único ue ellos intentan destruir. Desintegrando sus elementos, no destruyéndolos, será omo únicamente podrá llevarse a cabo ste trabajo, siendo precisamente de ese odo como viene el impulso orgánico: orque cuando la disolución ha avanzado emasiado se manifiestan una porción nueva de males, desórdenes, violencias, odos esos disturbios que comunmente e llaman anarquía; viniendo a ser una ecesidad que los hombres se unan y mpiecen a edificar de nuevo con el fin e protegerse de ellos. Los males que eva en su seno la Sociedad son los que bligan a integrar y desintegrar constantemente; esos males son los que impulsan la lanzadera hacia adelante y trás, como si tegiera en un poderoso har. Yo creo que dejando en libertad stas dos fuerzas, ellas realizarán el perfeccionamiento del hombre, lo cual no odría lograr aisladamente ninguna de mbas.

Conocido ya el principio filosófico, base e la Anarquía, está preparado el terreno ara contestar, no de un modo empírico apasionado, sino lógica y sosegadamente a la segunda pregunta objeto de este ema: ¿Debiéron los anarqistas de Chiago haber sido ahorcados como asesios? Contéstese sin vacilar y de un modo nérgico: NO. Y no se arguya que debieon ser castigados porque conspiraron en ontra del Gobierno y de la Sociedad y que deliberadamente hicieron uso de la fuerza en contra de sus agentes, porque cuando las pasiones se hayan calmado, hemos de juzgar este acontecimiento del mismo modo que hoy juzgamos las ejecuciones de Jhon Brown y la Sra. Surrat. Antes de seguir adelante debo afirmar que yo no apruebo la violencia de ningún modo. La violencia debe ser el último recurso a que apele un principio; yo no la acepto ni en las palabras. Argumentos, hechos, ideas, la verdad presentada amorosamente; — estas son las únicas armas que debe usar el progreso.

En moral, la grandeza de las victorias debe medirse por el menor número de batallas.

Al propio tiempo debe tenerse presente que una causa no merece ser condenada, juzgando por los actos de los locos que se afilian a ella, ni por las equivocaciones que cometan sus partidarios. Es indiscutible que así como toda ola arrastra consigo gran cantidad de inmundicias, del mismo modo toda idea grande, va seguida pos excesos y violencias. Razón tuvo Madame Roland cuando próxima al cadalso exclamó: "¡Oh, Libertad, Libertad, cuántos crímenes se han cometido en tu nombre!" ¿A quién podrá extrañar, pués, que un cambio tan gigantesco como el que intentan llevar adelante los anarquistas, arrastre consigo hombres que de buena fé crean que ayudan disparando bombas de dinamita?

Pero admitamos del modo más lato aunque sea en hipótesis, que hubiera existido de hecho una conspiración; admitamos así mismo la tontería y debilidad de la violencia usada; y aceptando, como lo hago, que el Gobierno tenía derecho para castigar a los anarquistas, por creer una necesidad defenderse de sus asaltos, nada de esto presta la menor razón para que se les ahorcara después de tanto tiempo y a sangre fría.

No, no debiera habérseles castigado de ese modo, porque la falta cometida no puede legal y justamente calificarse como asesinato. Asesinato es el acto de matar por el deseo de satisfacer un motivo privado, como venganza, robo etc., o para cubrir las evidencias contra sí mismo de algun otro crímen; y nadie puede afirmar con fundamento que la anarquía tenga por base nada que no sea el bién para la Humanidad, a pesar del odio que contra la Autoridad se haya despertado en el corazón de los apóstoles de esa doctrina.

Algunos de ellos han visitado recientemente las regiones mineras de Hosking Valley, y han presenciado allí escenas de sufrimiento y opresión tales, que a nosotros nos hubiera indignado del mismo que a ellos. En los momentos en que fué disparada la bomba, se hallaban rodeados esos hombres de cientos de trabajadores en huelga que pedían disminución en las horas de trabajo. Se comprende que ante aquel cuadro sus sentimientos humanitarios se sublevaran en favor de los oprimidos, y que llevaran la conspiración más allá de lo que pensaban. Se reunieron para denunciar al gobierno y a la sociedad que consentían aquellas injusticias y ultrajes, para defenderse de la policía que los asaltaba sin que ellos la hubiesen provocado, y un desconocido arrojó una bomba. Castigarle por esa causa con la pena de patíbulo, como se castiga al ladrón que con cautela se introduce en una casa y allí mata a su víctima por dinero, o como al rufian que acecha, ultraja y después asesina a una inocente joven, es ignorar por completo el nombre de la justicia.

En los momentos en que fueron ahorcados los anarquistas por el crimen de haber deseado redimir a la humanidad, se paseaban libres en nuestro país más de cien asesinos de primera clase, asesinos cuyos motivos egoistas no era posible disculpar. En nuestro Estado de Connecticut hemos presenciado más de veinte asesinatos de la peor clase durante el año pasado, y del mismo modo Illinois y los demás Estados de la Unión. Yo creo que con una décima parte de la energía, tiempo y dinero que se ha empleado para castigar a los anarquistas de Chicago, hubiera sido suficiente para que por lo menos hubiéramos descubierto a los criminales. Y de haber tenido lugar una ejecución con el fin de mantener incólume la majestad de la ley a fuerza de sangre, ¿que hombre desapasionado habría preferido que la rueda de la justicia se hubiera detenido para ahorcar a siete hombres que defendían una idea, mientras que tantos verdaderos criminales se paseaban libres?

MILITARISMO

Me afirmo más en la creencia de que no debieron ser ahorcados, porque la experiencia nos enseña que el exterminio de semejantes vidas, no tan sólo es inficaz para combatir una idea, sino que por muchos años después sigue siendo una pérdida para el pueblo o el Estado que las lleve a cabo.

Ellos eran verdaderos representantes de un principio social, principio que impulsa la Sociedad hacia el individualismo, haberles perseguido por esto es tan absurdo como si el gobierno intentara detener en su rotación de verano a invierno al tiempo y creyera conseguirlo ahorcando a todos los habitantes.

No hay nación alguna que haya logrado ahogar una idea social derramando sangre de los que la han defendido. Una idea dejada a su propio curso llega a ser una bendición eterna, condenada y perseguida se convierte en una furiosa y destructora corriente.

Debiéramos encaminar las energías de los hombres que, como ellos, se hallan animados de sentimientos tan humanitarios, haciéndoles concebir la esperanza de que tendrán un fin los males que lamentan. Lo que hemos conseguido llevándolos al patíbulo, ha sido convertirlos en mártires gloriosos. Hemos cometido el mismo error en que han incurrido los demás gobiernos en todas las épocas, confundiendo las impaciencias y errores de unos pocos con los principios sin pensar que todas las grandes revoluciones vienen siempre precedidas por sublevaciones de unos pocos espíritus impacientes y excéntricos, tal vez equivocados, pero cuyo martirio irrita la sangre y alumbra el camino a los que les han de seguir; los Arnold Van Winkelreids, cuando se precipitaban sobre sus enemigos y recibían en sus desangrados pechos terribles estocadas, abrían el camino que habría de conducir a la victoria a sus compatriotas.

Nunca adelantará el Progreso un solo paso debido al esfuerzo de los hombres modestos, industriosos y obedientes a la ley, sino, como dice Emerson, por el de los aturdidos, intransigentes y rebeldes, — esos espíritus tan odiados por los Estados son los favoritos de la Humanidad —esos intransigentes ciudadanos del reino de la tierra, son los elegidos para guiarnos hacia mejores tiempos. ¡Guay de la nación que intenta defenderse de ellos!... España lo intentó, y sólo ha conseguido su empobrecimiento.

John Brown se dirigió hacia Virginia hace treinta años, con el propósito de libertar al negro, aquella conspiración fué considerada tan loca y disparatada como el último asalto de los anarquistas a la Sociedad; John Brown fué procesado y después le ahorcaron, y si se repasan las colecciones de los periódicos de aquella época, se verá que toda la prensa así como todos los ciudadanos obedientes de la ley y amantes del orden se regocijaron y comentaron aquella ejecución del mismo modo que hoy se han regocijado y comentan las ejecuciones que acaban de tener lugar en Chicago. Sin embargo, poco tiempo después, desplegando la bandera de la Unión Americana, marchaban hacia el sur quinientos mil hombres, con el propósito de llevar a feliz término aquel mismo trabajo rebelde y contrario a la ley que poco antes inició el inspirado anciano; y aquellos mismos periódicos y ciudadanos que antes le habían calificado de loco y tonto, hoy creen que fué un santo y un mártir, y no encuentran palabras bastante elocuentes con que mostrarnos la fé y la sinceridad de que estaba animado y antes le negaron.

Y en cuanto a estas últimas víctimas de la ley y del orden, aunque sus nombres individuales llegaron a olvidarse, van unidos a aquellos que han sacrificado sus vidas en favor del hombre; así como sus hechos no han de ejercer menos influencia en la destrucción de los males que combatían.

Repito que no debieron castigarse como asesinos, porque semejante método bárbaro ejerce un efecto degradante en nuestro país. Después, el modo como se manejó este negocio desde el principio hasta el fin; la incertidumbre en que meses tras meses se mantuvo a las víctimas respecto a sus destinos, incertidumbre sostenida hasta pocas horas antes de las ejecuciones; la crueldad con que se trató a sus familias; la esposa de Parson suplicando delante de las rejas de la prisión que la dejaran dar el último adios a su esposo, hasta que cayó sin sentido al suelo; los repetidos insultos de los carceleros a los amigos de las víctimas que visitaban la prisión; el horrible método que para poner fin a sus días, escogió Ling; la prolongada lucha de los otros en el patíbulo; y, después de esto, la prolijidad conque la prensa narraba estos hechos, ilustrándolos con grabados que iban a formar la opinión de los niños y de las madres de familia: ¿Podrá existir algo más desmoralizador, algo que infunda mayor horror y mayor desprecio hacia esa majestad de la ley? Si algo pareciido hubiera ocurrido en Rusia o en Irlanda ¡con cuanta energía hubiera protestado nuestra prensa en contra de tamaña barbaridad! Sí, al mismo tiempo que con salvaje desenfado imprime largos artículos llenos de sofismas, para justificar la conducta de nuestro gobierno respecto de los anarquistas, aparecen en esos periódicos enérgicos ataques en contra del gobierno inglés por el modo con que trata a O' Brien y aplauden e incitan a los irlandeses para que conspiren y resistan a la ley...

(*Continúa en la pág.* 10)

PAGINA DE ARTE

Ignacio Zuloaga

Autoretrato

Desgraciadamente para el arte, hace ya tiempo que desaparecieron las *bottegas*. La Academia, organizada y sostenida por el Estado, pretendió suplantar al *maestro* y al *taller*, uniformando la enseñanza y los ideales artísticos, y como siempre que el Estado interviene en cuestiones de cultura, el resultado ha sido contraproducente y harto lamentable.

Los artistas modernos — gracias a la enseñanza oficial — ignoran casi en absoluto los principios técnicos del arte que profesan; y en cuanto a la finalidad espiritual que persiguen, viven en el vacío o en el caos.

Falta orientación y sobra en exceso afán de *llegar* y de éxito ruidoso; de aquí ese deseo furioso de originalidad, esos *ismos* innumerables, que como los hongos, se multiplican de la noche a la mañana.

Antiguamente, el artista era, ante todo, un buen artesano. Niño aún, entraba a formar parte de la familia del maestro, del cual aprendía tanto la experiencia de la vida como la del oficio. Sabiduría verdadera la de esa gente que todo lo aprendía en el libro de la vida. Eldeseo de gloria no comportaba la idea de originalidad, sino de excelencia. A la experiencia de las generaciones anteriores se agregaba la propia, y el acervo común se enriquecía continuamente.

Con ese sistema, un artista, como cual quier otro artesano, en plena juventud poseía su *oficio*, era maestro y dueño de la materia; sus concepciones juveniles su entusiasmo febril, su inspiración ardiente, encontraban siempre mano dócil y firme. La técnica facilitaba la realización del ensueño y enriquecía a la materia con el explendor de su propia belleza. Hay en los cuadros antiguos frescura de flores y solidez de esmalte en los colores. No tienen titubeos ni de concepto ni de ejecución —el artista del pasado sabía lo que quería y como se hacía.

En toda obra de arte — en el fondo — hay por encima de todo un problema de técnica, resuelto: el contenido espiritual está siempre de acuerdo y en proporción justa con la cantidad de maestría técnica necesaria para su expresión.

La ignorancia actual, si en parte se debe a la obra malsana de las Academias, depende también y en gran parte, de las condiciones de la vida moderna, de la cual, a fin de cuentas, son un efecto la academia y la muerte del taller de arte, como en otro orden la muerte de la pequeña industria.

Lo cierto, lo desgraciadamente positivo, es que los artistas modernos no tienen maestros y, como decimos, viven en una ignorancia absoluta del oficio. De aquí que toda la producción de estos últimos cincuenta años — salvo raras excepciones — esté materialmente más vieja que un cuadro del 1400. Un Van Eyck es mucho más fresco que no importa que cuadro moderno. Y toda la sabiduría y la paciencia amorosa que pusiera un Van Eyck en moler sus colores y en preparar sus barnices, no quitan un ápice al ingénuo misticismo de sus obras; probablemente, debido a esa labor — digamos científica — su comprensión de la naturaleza era un poco más profunda que la de los artistas actuales, cuyo único afán es llenar telas, que compran preparadas, con colores de los cuales ignoran los elementos y la preparación. El resultado se ve en los museos: el tiempo resquebraja y descascara sus obras con un cruel merecido ensañamiento.

El pobre que pretende aprender un poco el *oficio*, que quiere saber cómo hacían los antiguos, se pasa media vida ensayando — y esta es una de las razones de que los modernos sean generalmente de producción tardía. Y que además se necesita, para afrontar las angustias, las dudas y los desvelos que cuesta arrancar esos secretos al Pasado! Algo de esa lucha heróica nos ha contado Carriere y es el caso de casi todos los artistas modernos. Autodidactas, saben de esa angustia, y el artista que hoy nos ocupa, Ignacio Zuloaga, no ha sido una excepción a la regla.

Su fuerte temperamento le hizo cortar con energía el nudo gordiano; en una época en que el revolucionarismo estaba de moda, en que era la condición necesaria en el arte, él no titubeó, una vez tomada su determinación, y volvió al pasado de su país, a los grandes maestros de España, en busca de la orientación y el oficio, comprendiendo que nadie podía dársela en los tiempos actuales.

Ignacio Zuloaga nació en Eibar, de una familia que durante varias generaciones han sido artistas e industriales: armeros, grabadores, ceramistas. Su padre, Plácido, fué un gran artista, y a él se debe que saliera del olvido el arte del damasquinado, demostrando, además, gran maestría en todos los ramos de la ornamentación. Este padre artista, tipo de Cellini moderno, quería que su hijo siguiera una carrera lucrativa — ¡lo de siempre! — pero Ignacio se rebeló contra él, que lo castigó, encerrándolo en el taller para que aprendiera, como sus antecesores, los intrincados secretos de la ornamentación sobre metal.

Un viaje a Madrid, donde vió por primera vez los tesoros del museo del Prado, le despertó la vocación hacia la pintura. El padre, sin alentarlo, le permitió que estudiara, y el artista en embrión recorrió todos los museos, y es curioso que una de las primeras copias que hiciera fuera un Greco. Por instinto iba al corazón mismo de la pintura española. Tenía 18 años cuando logró ir a Roma siguiendo las huellas de Fortuny y de Villegas, pero se sintió estéril ante la abrumadora sombra de Miguel Angel y de Rafael. Rusiñol nos cuenta como llegó a París, después de los pocos meses que pasó en la Ciudad Eterna, desorientado y confuso. En París, por lo menos, se respiraba una *amplia libertad de búsqueda*, una actividad febril que contagiaba. "Por todos lados, dice Rusiñol, no veía más que hombres luchando con la materia para convertirla en espíritu; bre-

Castilla la Vieja

gando con miseria para seguir adelante con la antorcha de la fé: atizando la inspiración en el cráneo y buscando procedimientos para parir la obra vivida por dentro. Pasábale lo que nos pasa a todos al llegar a este París de lucha; tanta escuela, tanto refinamiento en las ideas, tanta pesquisa en pos de un estilo própio, le tenían mareado. El, sombrío de temperamento, se aturdía ante las minuciosidades de espíritus enfermizos, ante las sutilidades de acuarelas japonesas, los refinamientos de misticismos decadentes; zudez de su raza vasca. Ni un momento desfalleció en el camino; y en verdad, si bién es cierto que su pintura puso furiosos precisamente a los tradicionalistas, su carrera ha sido de triunfos brillantes y continuos.

* *

El carácter más típico de la obra de Zuloaga, es su españolismo. Reside este en todo: en su espíritu y en su aspecto. Su vigor y energía de ejecución, sus entonaciones más bien sombrías, su composición clásica, de realismo agudo y de convencionalismo a la vez; la supresión de la atmósfera y el dibujo violento, dan a su personalidad de pintor, un relieve que pocos artistas modernos han tenido.

Sus primeras obras produjeron sensación, en gran parte debido, no a su novedad, — ya Manet hablase inspirado en Goya y Velasquez, — intrínseca, sinó circunstancial. La preocupación del momento era la luz y el color; al cuadro *compuesto*, los impresionistas oponían el *trozo de vida*, el fragmento; el negro era desterrado de la paleta y los siete colores del espectro, límpidos y brillantes, pretendían reemplazar a las tierras severas de la tradición.

En su medio se presentó Zuloaga con preocupaciones añejas. Tuvo el valor de adoptar una fórmula clásica: *componía* sus cuadros; usaba el negro y las tierras; pintaba además a lo antiguo, sin paleta, es decir, con los clásicos tarritos que permiten las pinceladas ámplias y generosas, que obligan a la síntesis y a la claridad. Cuando todo el mundo quería descomponer el tono, suprimiendo el color local, el lo puso entero. Se perseguía la *verdad*; el dijo: *Que la Pintura era convencional y que el realismo era imposible.*

Efectivamente, la verdad para el arte no es la imitación de la naturaleza.

Paulette la cupletista

El fin del arte no es, como cuenta la leyenda de las uvas de Apeles, el de engañar a los ojos. Ningun gran artista ha perdido su tiempo en la labor subalterna de engañar a los sentidos.

No se debe pués, tomar en un sentido erróneo el concepto de lo convencional, que no quiere decir mentira, sino el medio, el vehículo.

Zuloaga fué a buscar el medio de expresión en los grandes maestros españoles; ha *querido* dominar una *manera* buena y ennoblecida por la experiencia, y lo ha hecho. Ningún pintor moderno es más pintor que él, en cuanto a habilidad material, y en esto hacen residir los críticos uno de sus méritos principales. Lo malo de Zuloaga es que se ha hecho también una *visión de manera*, un sistema de sentir a lo español antiguo.

Es un poco teatral, por lo enfático y aparatoso. El virtuosismo ahoga en sus telas, muy a menudo, al artista; y se siente en él, a pesar de su acento robusto, no se que de superficial y de hueco. Parecería que la pintura, puesta allí en hábiles toques, y en rápidas, largas y enérgicas pinceladas, fuera el único porqué del cuadro. Se siente demasiado el convencionalismo de su visión grandilocuente, subyugada por el dibujo enérgico y la exhibición orgullosa de la destreza profesional.

Alguien ha citado, hablando de él, a Cottet y efectivamente tiene cierta analogía de aspecto — los negros y los grises — que nos ayudará en nuestro intento de explicar a Zuloaga.

Cottet también, contemporaneamente a Zuloaga, volvió a la antigua paleta y a la enseñanza clásica. Pero Cottet, es infinitamente más emotivo que Zuloaga y no tiene la habilidad que tiene este. El *oficio*, con tenerlo bueno, desaparece, no se sabe nunca como *hace* las cosas. La vida no adquiere, en el molde clásico de Cottet, un aspecto antiguo, pero su expresión se eleva por encima de lo transitorio y la escena, actual, cobra caracteres universales.

Los negros de Cottet son humildes; cantan el dolor y la tristeza del hombre en la lucha implacable con los elementos. Veánse en el Museo Nacional (1) sus telas, el tríptico *Gente de Mar* y *La Iglesia Incendiada*. Es sencillo y profundo.

En cambio, en Zuloaga hay más aspecto que profundidad, más grandilocuencia que fuerza efectiva.

"Lo que domina en el carácter de Zuloaga, ha dicho Arsene Alexandre, es una voluntad irreductible y algo como una *fogosidad fría* que es le característica de su talento. Esas grandes páginas de la vida española son empeños ardientes, pero cuya realización se efectúa en paz absoluta y en plena autoposesión."

Y es cierto, es un bello ejemplo de voluntad, toda su pintura es una manifestación de ella. ¿Pero hay emoción? Vemos en el museo del Prado sus telas, la capital: *Las Brujas*. Ante ellas hay que tener imaginación para sentir la sensación de aquelarre, que ciertos literatos le atribuyen. Son buenas viejas cuchicheando en plena campiña, más o menos amablemente. Sabemos que la atmósfera no preocupa al artista, por lo tanto, el fondo no debe tomarse sino como un elemento convencional decorativo. Si hay realismo se lo siente en el análisis despiadado que hace el dibujo, en verdad vigoroso, no en el color que es convencional también. Pero en cambio, y es lo que admiran algunos, *¡qué habilidad! cómo están hechas esas cabezas con cuatro brochazos enérgicos! y qué bien resuelta la composición en triángulo!* Estas cualidades, digamos nosotros, son secundarias. Por mi parte prefiero la energía de Ribera — véase una tela de él, que hay también en el Museo.

Compárese maestría y maestría; las tierras en moderno dan una sensación de careta, de hueco, en *Las Brujas* sobre todo; en el maestro antiguo, de vida y solidez.

Es que por importante y hasta primordial que se considere al medio de expresión, al oficio, cuando se toma como finalidad, no se hace arte ni técnica, sino acrobacia. La técnica de los maestros está siempre en justa y armónica proporción para satisfacer estrictamente — más bien menos que más — a las necesidades de la obra.

Naturalmente, hay quien ve lo que yo niego. El lector vaya al Museo y medite ante las obras y compare. No es la crítica sino uno mismo el que debe aprender a ver y sentir en las obras de arte. En ellas encontramos lo que tenemos en nosotros mismos y, a veces, atribuímos méritos por pura sujestión.

Sobre Zuloaga se ha escrito mucho, pero aún no se ha hecho un estudio definitivo. En resúmen, es uno de los artistas más interesantes de la época, a quien no se puede admirar sin reservas. He dicho que para mí, el defecto de Zuloaga es el de haberse hecho, además de *una manera clásica* de pintar, una *visión* a lo español antiguo. El, como algunos escritores españoles, quiere resucitar un momento del pasado, como expresión perfecta y definitiva de la raza, como si ésta, como todo lo que vive, no estuviese siempre en perpétua evolución.

Bien está aprovechar la sabiduría del pasado, pero no pretendamos mirar ni sentir ni pensar como él, con espíritu del peor reaccionarismo. Seamos un eslabón de la cadena, pero nuevo, el último, mientras el tiempo va forjando otros, como va forjando nuevas modalidades de vida y nuevos ideales, hasta el infinito.

ZERO

(1) *El Museo Nacional está abierto todos los días, menos los lunes. La entrada es gratuita.*

Las brujas de San Millan

DE TOLSTOY

Se dice que en nuestra sociedad trabaja mejor el artista cuanto más segura es su situación material. Esta opinión bastaría para probar que lo que se toma por arte es solamente un vil remedo. Es cierto que para hacer panes o zapatos la división del trabajo ofrece grandes ventajas: el panadero o el zapatero que no se ve obligado a hacerse la comida ni a partir leña, puede hacer así mayor número de panes o zapatos. Pero el arte no es un oficio, sino la transmisión del sentimiento que experimenta el artista. Este sentimiento no puede nacer en un hombre, sino vive la vida natural y verdadera de los hombres. De modo que asegurar al artista la satisfacción de todas sus necesidades materiales es dañar a su capacidad artística, pues librándole de las condiciones de la lucha contra la naturaleza por la conservación de su propia vida y la de los otros, se le priva de conocer los sentimientos más importantes y naturales de los hombres. No hay posición más detestable para la facultad creadora de un artista, que esta seguridad absoluta y este lujo que hoy nos aparecen como condición indispensable para el buen funcionamiento del arte.

El artista del porvenir vivirá la vida ordinaria de los hombres, ganando el pan con un oficio cualquiera. Y conociendo así el lado serio de la vida, se esforzará en transmitir al mayor número posible de hombres los frutos del don superior que la naturaleza le ha concedido: esta transmisión será su alegría y su recompensa.

Hasta que se haya arrojado a los mercaderes del templo, el del arte no será un templo. Y esto será el primer cuidado del arte del porvenir.

(De *¿Qué es el arte?*)

(o)

PENSAMIENTOS SUBVERSIVOS

El más fuerte no lo es nunca bastante para ser siempre el amo.

J. J. ROUSSEAU.

Una observación sigue siendo verdadera en la analogía de Fourier: "El aguila arrebata al carnero, que es la imagen del pueblo sin defensa. Como el aguila, todo rey viene obligado a devorar su pueblo." No hay réplica a estas sabias palabras. Deseo solamente constatar que la aristocracia devora más carneros que la realeza.

TOUSSENEL

De todas las aristocracias, aristocracia de la riqueza, de la industria, de la política, la aristocracia militar es la más funesta para la libertad.

Mme. de STAEL

Discurso del Rvdo. Kimball (conclusión)

Y en contraste con todo esto irradia la serenidad y las palabras de las víctimas, tal vez melodramáticas, pero que impresionan extraordinariamente; sus reputaciones personales tan lejos de poderse confundir con las de comunes criminales; el entusiasmo y la devoción hacia sus principios, sostenidos hasta el último momento; el gran número de mujeres agrupadas a sus alrededores, influenciando su romántica adhesión aun más que la misma muerte; la nobleza y desinterés con que Spies ofrecía su vida, si en cambio podía salvar la de sus compañeros, más aún el valor que tuvieron ante la muerte!

Los periódicos y sus enemigos trataron de ridiculizarlos, y se reían de ellos; pero no obstante, ellos son los héroes y mártires que han inspirado sus mejores poemas a los poetas en todas las épocas; impulsando con ello el adelanto del mundo; ellos son los que enseñan a las generaciones la marcha del Progreso. Pero nosotros podemos reconocer este hecho en otras épocas y en otros países y esos mismos periodistas que no encuentran palabras bastante duras con que condenar a los anarquistas, admiran y glorifican a Prudence Crandal y John Brown.

Después de estas ejecuciones, hay ya millones de hijos del pueblo, ante cuyos ojos, brilla más resplandeciente la Anarquía que la Ley.

Al tratar este asunto, difícil y todo como es en sí, con el valor y la libertad que eran indispensables, y sin pararme en consideraciones que en otras circunstancias hubieran sido posibles, espero que mi posición será bien comprendida. Yo no apruebo la violencia, sino que reconozco el principio y la forma que hacen posible esas violencias. Puede afirmarse de un modo indiscutible que el móvil que impulsó a los anarquistas de Chicago a combatir al Gobierno y a la Sociedad, fué la emancipación de los hombres que dan vida a ese Gobierno y a esa Sociedad; y que sus actos, después de todo, obedecen a una ley ineludible de la naturaleza humana. Aquellos de ustedes que me conocen, tendrán que convenir que no ha sido el deseo de crear sensación el que me ha animado a hablar así, sino la fé y la sinceridad de mi corazón e inteligencia. El análisis que he hecho del principio anárquico y de su lugar en sociología, probablemente será estigmatizado por algunos de esos directores de periódicos *infinitamente sabios*, y dirán que esta definición es puramente teórica, tal vez la califiquen como mera presunción de sacerdote; pero no por esto será menos cierto que, mientras más concienzudamente se estudie, tendrá que ser reconocido ese principio como una parte de esa filosofía magna con la cual está hoy de acuerdo el mundo práctico.

Tal como yo entiendo las leyes de la Evolución y presiento los signos de los tiempos, tengo razón para creer que las fuerzas que se han desencadenado con este último acontecimiento, han de jugar un poderoso papel en el porvenir del mundo. Feliz la Nación, feliz el Estado que aprenda a tratar debidamente a los anarquistas y los utilice como amigos y no como enemigos del Progreso. El deseo de hacer luz en este asunto, es lo que me ha movido a hablar. Tal vez a muchos de ustedes parecerá demasiado bondadoso defensor y admirador de las infortunadas víctimas, pero recordad con cuanta crueldad y falta de escrúpulo se ha venido tratando este asunto durante muchos meses, y decidme si algo más fuerte para condenar esas ejecuciones, no debiera haber salido de este púlpito levantado para propagar una religión de misericordia y de alta justicia; decidme si algo más fuerte no debiera haber salido de los labios de un ministro, discípulo del que fué condenado a muerte por rebelde a la ley, sólo por acallar el clamor de un pueblo que a grandes voces instaba: ¡Crucificadle! ¡Crucificadle! ¡Crucificadle!

Rvdo. John C. KIMBALL

LA PLUTOYANQUIA

Hay, en la historia de Norte América, una viva contradición. Lo primero que hiere el espíritu del curioso, que se asoma a las páginas históricas de la vida norteamericana, es el antagonismo inconfundible que existe entre su civilización actual y las normas morales de conducta que en un principio establecieron, allí, algunos de sus colonizadores.

Las principales colonias de Estados Unidos fueron fundadas por sectas religiosas que llevaron a la práctica del vivir cotidiano las máximas equitativas de moral constitutivas del propio credo.

Perseguidos en Inglaterra los puritanos de la religión cristiana no tuvieron otro modo, para substraerse de las persecuciones del culto oficial, que emigrar, en masa, a las regiones de América. Y es sorprendente, por demás, leer el origen de las colonias como Providencia, Rhode Island, Maryland y Pensylvania, comparándolas, claro está, con lo que son en la actualidad.

No sabemos por qué leyes de misterio el pasado de un hombre, como de una colectividad, no pueden ser un testimonio de evidente superación relacionándolos con su presente. Porque lo que fueron algunos de las primitivas colonias de Norte América en tiempos de su fundación contrasta sobremanera con lo que son actualmente en materia de principios, de equidad y justicia.

Por lo que se ve que la historia de las civilizaciones, como la de los pueblos y los individuos, más que una ley, o un principio de evolución, en forma de espiral siguen una idea, o una línea de círculo. De círculo que va de menos a más y viceversa segun leyes de crecimiento y de transformación que el historiador no ha podido aún determinar.

Y si bien en el terreno universal del progreso los idealismos se afirman, a través del tiempo, en un sentido de libertad, en cambio en el orden particular, en la esfera limitada o circunscripta de la evolución, se notan las más patéticas y contradictorias situaciones.

Sino, véase lo que han sido ciertos pueblos, en el transcurso de la historia, y compáreselos con su hora actual. Lo que fueron Grecia y Roma en los tiempos idos. Y lo que fueron las colonias de la América del Norte algunos siglos atrás.

¿Por qué la moral de un pueblo como la de un hombre no sigue una línea ascendente en todas las épocas y esferas del desarrollo de la humanidad? ¿Donde estarían hoy los pueblos, las colectividades todas, si el proceso de evolución de la especie hubiera seguido una línea de puntos de menor a mayor en todas las edades, y desde todas las edades, como asimismo en todos los órdenes de la moral y del arte, de la ciencia y de la filosofía, de la libertad y del bienèstar?

He ahí una interrogación que inquieta nuestro deseo al punto de preguntarnos si esta existencia de valores contrarios será perpetua e irreductible en el proceso creador de la humanidad.

No queremos, por nuestro optimismo, y por la fe que nos alienta, creer que no podemos superar esta contradición de los hombres y de las colectividades juzgados, o apreciados, a través de su historia. Bien que siempre herirá nuestro espíritu la idea de lo que hayan sido, o tenido de superior, los pueblos que ahora se debaten en el más burdo y grosero de los materialismos.

Porque lo que ha sido esa plutoyanquia que hoy aplasta al mundo con el concepto utilitario y pragmático de su civilización es incomprensible si nos atenemos a lo que es actualmente. Aquellos fervientes devotos de la religión que con su pureza de sentimientos trazaron las normas morales de los primeros habitantes de las colonias norteamericanas no hubieran soñado nunca que aquella su naciente sociedad ideal iba a trocarse, con el tiempo, en uno de los emporios más materialistas del mundo. Y que las convenciones y las reglas de moral por ellos establecidas iban, no tan solo a ser transgredidas, sino anuladas y contradichas por la más horrible de las fealdades históricas a que puede llegar un pueblo o nación.

Ved sino lo que decía la carta moral de Rhode Island en la cual se refleja, a maravilla, el espíritu ecuánime que animaba a sus fundadores: "Que nadie, en dicha colonia, sea en lo sucesivo molestado, castigado ni preso por sus opiniones en materia de religión; antes bien al contrario cada uno tenga plena y entera libertad de conciencia y juzgue según su criterio en ese particular con tal que se conduzca pacíficamente y no convierta esa libertad en licencia y no ofenda la moral y la tranquilidad públicas."

Y como si esto no fuera bastante para darnos una idea del concepto moral de aquellos remotos colonos, ved también el contrato social establecido por Guillermo Penn, fundador de Pensilvania, quien rivalizó, en humanitarismo, con Roger Willams, otro de los grandes colonizadores de Estados Unidos. En 1682 celebró Penn con los indios un contrato que tantísimo hubo de admirar más tarde al propio Voltaire y que dice: "Nos encontramos en el ancho camino de la buena fe y de la buena voluntad; ninguna ventaja tomaremos el uno sobre el otro; y todo será franqueza y amor. Yo no os llamaré hijos porque a veces los padres castigan a sus hijos con excesiva severidad; ni os llamaré tampoco hermanos porque a menudo reina la división entre hermanos; somos como los miembros de un mismo hombre, todos de una misma carne y sangre." Agregando más tarde uno de los cuákeros sorprendido por tanta maravilla. "Hemos hecho aún más, que si como los altivos españoles, hubiéramos conquistado las minas de Potosí. Nosotros haríamos ruborizar a aquellos ambiciosos héroes que el mundo admira; pues nosotros enseñamos a pobres almas que no veían sus derechos de hombres."

Este fué el espíritu que animó a aquellos nobles predecesores del pueblo norteamericano. Y no puede decirse que por los tiempos que corrían pudiera darse un ejemplo mayor de equidad entre los colonizadores del norte.

¡Y decir ahora que aquellas formas humanas de agrupación social fundadas en tan nobles postulados no fueron superadas sino que tampoco continuadas por los que tenían el sagrado deber de observarlas para bien propio y de los demás!

¿A qué altura se encontraría hoy la civilización norteamericana si los preceptos morales de organización social establecidos por los fundadores de Pensilvania, se hubieran extendido y practicado por todos los habitantes de su región? En cambio, qué abismo de contradicción hay, ahora, en la historia de Norte América. ¿Cómo es posible conciliar aquellas formas de vida igualitaria, tan humanas y celosas de la libertad y del derecho de cada uno, con las tragedias históricas de Chicago, sus horcas, sus envenenadores?

Tansportados, con la imaginación, a la edad feliz de la colonización pacífica americana, el pensamiento se resiste a creer en la actual realidad de esta su civilización monetizada que tiene por suprema ley emplumar, linchar y ahorcar, a los hombres por el delito de pensar y que ha hecho del dios Dólar la norma inspiradora de su virtud.

País de despotismo sin freno ni medida, en donde la persecución al pensamiento hase sistematizado y revelado en miles de ocasiones. En procesos ruidosos e infames seguidos contra hombres de opinión: Ettore y Giovanetti, Teresa y Mooney, Berkman, Debs y ahora Sacco y Vanzetti, quienes han levantado de indignación la conciencia internacional de los hombres conscientes que en el mundo siguen la tradición idealista y libertaria de la historia ahogada en Norte América por la plutocracia que impera, o domina, en las vastas zonas del país del norte.

El país de las deportaciones en masa, de la silla eléctrica y del Ku Klux Klan. En donde se siente horror al pensamiento que no reporta a sus cultores un interés inmediato, un cuantioso dividendo, un tanto por ciento. En donde la rapacidad internacional es una ley y hasta un deber fundado en un falso y mentido humanitarismo. En donde todo es materia cotizable, incluso la honestidad de la mujer.

Un pueblo sin normas de espíritu selecto, sin líneas pronunciadas de justicia, de moral y desinterés, según el testimonio de autorizados escritores que conocen, y han estudiado la vida de aquel país. El pueblo que ha rebajado el arte escénico al mal gusto de la cinematografía y que no se nos ha revelado todavía por otros tonos que no sean los de la más injusta de las situaciones, políticas y económicas, fundadas en la explotación y en la astucia predominantes del fuerte sobre el débil, de una clase sobre otra. Con excepción, naturalmente, de algún nombre grato: Franklin, Emerson, Poe, Edison.

La civilización viene del norte, ha dicho alguien. Nosotros no entraremos a discutir en un terreno así. Pero sí diremos que la historia no nos dice siempre esto.

Del notre viene también la barbarie. Y las civilizaciones que en la historia han florecido y culminado más alto, tuvieron su asiento en el sur.

Del sur eran los grigos y los romanos. Y en el sur se guardaron también, durante la Edad Media, los frutos de aquellas civilizaciones: Italia, Provenza. Y no fué tampoco del norte de donde vino el Renacimiento. Y si la Francia de la revolución no está en el extremo sur de Europa, tampoco se halla en su extremo norte.

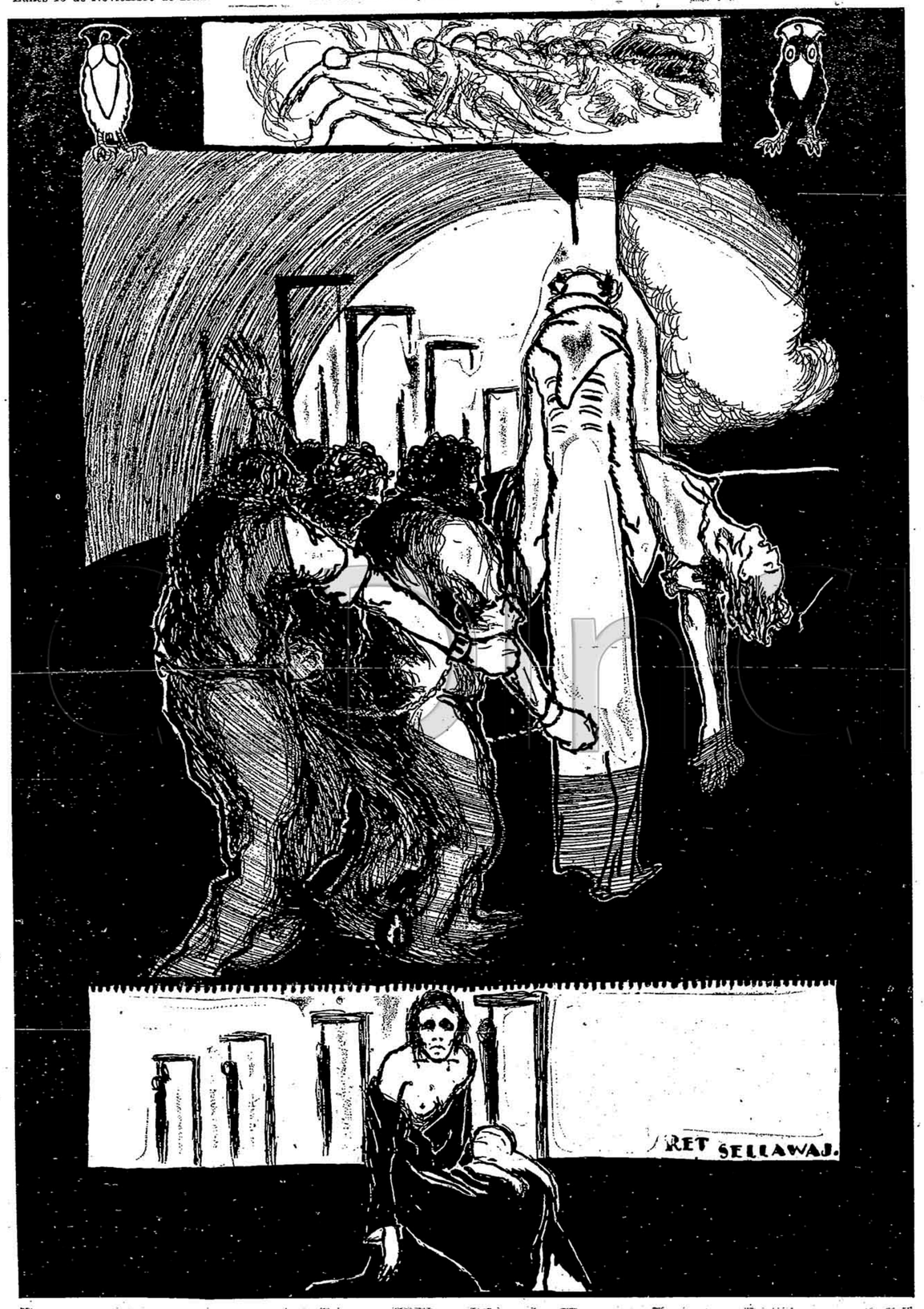
Pero no hagamos cuestión de latitudes en la apreciación de este problema, bien que los climas no sean extraños a la conjunción de los caracteres.

Que también del sur puede subir, y sube, la barbarie.

Dígalo sino nuestra Patagonia en cuyo subsuelo yacen los huesos asados de centenares de parias, de hombres que fueron muertos y cazados como fieras, por el delito de pensar o de holgar.

Horrible barbarie la de nuestro continente. En el cual, por desgracia, todo él es plutocracia. De norte a sud. De este a oeste.

Enrique NIDO



- NOTAS -

La libertad..

Todos sabéis que Norte América ostenta, en su gran puerto del Atlántico, un enorme monumento que simboliza la libertad.

Es natural que los inexpertos inmigrantes tomen aquello como una expresión anticipada de la virtud nacional, del bienestar espiritual que les aguarda tierra adentro. Y pensando así, desembarquen dando gracias al destino que les ha hecho alcanzar la tierra prometida.

Claro que no pensarán así los que vienen ya sabiendo a donde se dirigen y qué realidad representa el luminoso monumento que se levanta como un gigante de cal y canto en la entrada del gran puerto.

Si se piensa en Chicago, si se recuerdan las numerosas reacciones antiobreras y la ferocidad bestial puesta en las persecuciones; si se sabe algo del proceso a Sacco y Vanzetti, la ignominiosa confabulación de magistrados, esbirros y testigos; si se tienen en cuenta las horribles torturas a que fueron sometidos los más destacados miembros de los I. W. W.; si se considera que el Santo Oficio policial arroja por el balcón, después de inutilizarlos en el tormento, a los camaradas más íntegros; y que todo eso se hace en el país de Washington para combatir a las ideas anarquistas, entonces no es posible creer que la libertad exista más allá del símbolo. Es que no puede existir y tal vez por eso ha sido monumentada, como todo lo que es mentira.

Para los que piensan y sienten, para los que saben que yanquilandia es un país de esbirros y verdugos, ese monumento levantado en el gran puerto atlántico no es otra cosa que un sarcasmo de cal, piedra y arena.

La neutralidad

El mito a que se obliga obediencia ciega y muda en yanquilandia, no es el *orden*, como entre nosotros; es la neutralidad, tan feroz, tan arbitraria, tan canallesca, como el famoso orden de aquí.

El ilimitado perímetro de la frontera norteamericana no puede ser pasado — a no ser con pasaportes de bandolero capitalista, de tratante de blancas u otra clase de pirata terrestre — sin que la ley caiga como meteoro sobre su cabeza. Las cárceles de Texas, Colorado, Arkansas y otros estados, están repletas de condenados, que sufren condenas monstruosas por haber violado la neutralidad. ¡Ya hemos dicho que el mito es feroz!

Pero los tiranos del Norte son los primeros en no respetar esa neutralidad — y en eso también se parecen a los del Sur, que jamás tienen en cuenta el *orden* cuando se trata de atropellar a los débiles y de cargar sobre el pueblo. — Cierto es que los yanquis, si bien llevan a menudo excursiones a los países vecinos, lo hacen con banda numerosa, es decir, con tropa de todas las armas, que son a la vez la ley, la fuerza y la imposición de ambas.

Con lo cual queda demostrado que la neutralidad norteamericana, mito al que se le han sacrificado tantas víctimas, no es otra cosa que un infame pretesto para suprimir a los hombres de ideas que huyen perseguidos de otros países, como ha sucedido con centenares de compañeros mejicanos que cayeron entre las garras de los esbirros yanquis al pisar la frontera; hombres que no tenían, casi siempre, otra intención que la de salvarse de sus verdugos connacionales, eran hundidos en la cárcel en obsequio a la odiosa neutralidad.

El horrible mito ha devorado tantas víctimas, ha causado tantas prisiones y costado tantas lágrimas y sangre, que bien puede ser elevado a la categoría de los demás dioses capitalistas y venerado por la burguesía. ¡De cuantos buenos hombres se ha librado la canalla norteamericana por ese medio!

Pago de servicios

En el puerto de Buenos Aires, una de las tantas cosas grandes que tienen los yanquis, el "American Legión", tropezó con un montón de podridos patachos de la armada argentina y los hizo saltar las astillas, las cuales, a su vez, rompieron las patas a un arrastrasable que dormía la mona en un camarote del "Azopardo". Total: daños y perjuicios por valor de 1.000 pesos a mucho estirar la suma.

El suceso, que hizo más ruido que una tormenta de verano, fué un excelente motivo de propaganda yanqui. Y estos pagan con largueza sus anuncios. Ya fueron destinados, por la Junta de Navegación norteamerica, "como parte de la compensación por los perjuicios causados", un gran vapor de carga y un formidable remolcador marítimo (los yanquis no tienen cosas chicas) para ser entregados a la Argentina; además se ha convenido pagar 50.000 dólares por las patas del arrastrasable mencionado.

Bueno es tener en cuenta también que este gobierno se ha ganado esas propinas. No en balde amordazó con tanto empeño la protesta obrera contra la condena de Sacco y Vanzetti; no en balde, también, protegió con sus ametralladoras la explotación que practican los frigoríficos y demás empresas capitalistas norteamericanas. Esos servicios se agradecen y se pagan bien. Los amos retribuyen con largueza los afanes de sus mercenarios. Y el gobierno local no es otra cosa que un mercenario de los yanquis, aunque también lo es de los ingleses y etc.

Gracias a la aplicación de la infame mordaza al proletariado, y gracias al amparo dado a las empresas rapaces, la patria tendrá dentro de poco, dos naves más para su armada, fuertes y sólidas; de acero, como la cara de los patriotas...

El imperio yanqui.

Sabemos que los Estados Unidos son un "gran país" — cuarenta y tantos grandes estados ya pueden formar un país grande — Sabemos que allí está desarrollada la industria en una forma asombrosa, lo mismo otras ramas de la actividad; que aquél es el país de las cosas asombrosas, todo es grandote, *enorme*, desmesurado, como su edificación, su ejército y su escuadra. Sabemos que aquél es el país del trabajo por excelencia; que allá hierve el trabajo, así en las fábricas y en los puertos y arsenales, como en los laboratorios, oficinas, o gerencias. Sabemos además que los Estados Unidos tienen el gobierno más democrático del mundo y el parlamento más laborioso...

Todo esto sabemos por la prensa y los distintos órganos mentores de aquellas grandezas, que no tienen voz más que para cantarle al progreso yanqui, a la "gran democracia del norte" y etc. Según esos órganos aquel sería el país ideal; nos honraríamos con tener en las manos cualquier cosa que venga de allá y con tomar como ejemplo cualquier procedimiento yanqui.

Pero es que nosotros conocemos — y esto por medios directos, prescindiendo de la prensa y demás mentores — el lado malo de aquel imperio amarillo. Conocemos su infame sistema jurídico-policial, que le permite realizar los más horrendos crímenes y darles una apariencia legal. Conocemos la talla de sus esbirros y sus cancerberos, nuevo espécimen de familiares del Santo Oficio nacional. Sabemos que los "cow-boys" son una de las tantas mentiras yanquis, pues que allá no caben otros bandoleros que los jueces y polizontes. Y sabemos más: que los grandes crímenes que registran las crónicas son, casi exclusivamente, obra de la policía en combinación con la magistratura. Tales fueron los de Chicago en 1886 y tales son los que se atribuyen hoy a Sacco y Vanzetti, y pasamos por alto mil otros hechos, como el de Wall Street, que han costado la vida a los más activos militantes del anarquismo norteamericano.

Comparamos esto que conocemos con lo que nos cuentan los mentores de las *grandezas* yanquis y nos preguntamos si será posible que la medalla tenga un tal reverso. ¡No! ¡No es posible! Los mentores mienten como unos frailes. Pagados o serviles, quieren deslumbrarnos con relatos de grandezas para que no veamos las miserias, las ruindades y las infamias que hierven en aquel enorme lupanar del extremo norte.

Del imperio yanqui viene el fierro, pero — ¡cruz diablo! — allá queda el oro: allá queda el crimen.

El genio y el poder.

Los tiranos tienen todas las malas mañas, toda la maldad que puede caber en el almo humana; pero está visto que carecen de inventiva; no hacen más que imitar y reproducir formas de tiranía, métodos de represión y géneros de tortura. Pero jamás salen de lo corriente, nunca inventan otras formas, ni por casualidad.

Es que la inventiva es facultad del genio. Y los tiranos, todos los políticos, ese enorme montón de basura humana, que usa de autoridad, apenas alcanzan —cuando alcanzan — a tener ingenio.

¿Pero acáso podría conciliarse el genio con la autoridad?

¿Podría un hombre de talento ejercer al mismo tiempo el mando? No, absolutamente. Contrariamente a lo que parece el genio desaloja al esbirro; el tropel de las ideas auyenta al mandón que pretende meterse en la cabeza.

El genio puede tener — y tiene — aberraciones; no es raro que se ponga al servicio del mal — de la guerra o de la ley — Pero esto no significa que el hombre de talento acepte la autoridad y menos que esté dispuesto a ejercerla. Es, cuando más, un desconocimiento absoluto de lo que es la autoridad, más bien dicho, una falta de estudio de la tal materia.

Esto último explica a un Edison inventando la silla eléctrica, así como lo primero — la falta de inventiva en los tiranos — explica que echen mano de este recurso para combatir las ideas de redención; ¡y esto a los treintaiseis años de haber fracasado las horcas como recurso supremo para *suprimir* el anarquismo!

De entonces acá se han renovado muchas veces los tiranos en el poder, y ya vemos que apesar de que las horcas resultaron contraproducentes, ningún tirano ha encontrado otro medio de combatir el anarquismo, y siguen llevándolo a la horca o a la silla. Si algo han cambiado, es la forma de ejecutar al reo. Esto corresponde al ingenio. Y es que el genio no ha entrado todavía en el poder. Si algún día entrara, sería fatal... para sí mismo.

—— (o) ——

MIS RECUERDOS SOBRE KROPOTKIN

PARA LA PROTESTA

Cuando leí en la prensa las distintas necrologías dedicadas a Kropotkin, no pude reprimir un penoso sentimiento. Se cuentan las cosas más maravillosas sobre Kropotkin, el teorico anarquista, el hombre de ciencia, el gran expositor de la ayuda mútua, etc., pero poco, muy poco se ha dicho sobre el hombre. Hasta sus amigos más íntimos han tocado apenas este aspecto. Se ponderan los grandes beneficios que ha aportado a la humanidad doliente y se admira su incansable actividad en diversos dominios, — con esto se satisfacen la mayor parte de las veces. Y yo recuerdo involuntariamente las palabras que uno de nuestros mejores camaradas me ha escrito una vez: "Se mira solamente mi obra, mis especiales aptitudes, los servicios que yo he prestado al movimiento, pero no se mira a mí mismo". Esto produce una amarga sensación. Yo me esforcé, con toda clase de gastados argumentos, como se acostumbre en tales circunstancias, por desengañarle; si lo he logrado, esto lo ignoro.

Me parece que el destino de todas las grandes personalidades el ser enterradas por su propio genio. Se olvida demasiado facilmente ante sus méritos y servicios la pura humanidad en ellos, y es justamente eso lo que nuestras más íntimas sensaciones ponen en primer lugar. Por este motivo hubiera sido deseable que también en las descripciones sobre Kropotkin se hubiese mencionado algo más atentamente este aspecto de su naturaleza, que según mi opinión es el más importante y precioso. Su actividad en el movimiento revolucionario y las obras que nos ha dejado no tienen necesidad de comentario; hablan por sí mismas. La claridad en su pensamiento, la sencilla belleza de sus escritos son cosas que no se ponen en duda y ahorran completamente las referencias especiales y las aclaraciones. Por esto es más importante entrar en la descripción de sus puras cualidades humanas.

No puedo alabarme de haber pertenecido a los íntimos amigos de Kropotkin; sin embargo lo conocí personalmente hace más de 25 años y me encontré muy amenudo con él en reuniones, conferencias veladas y conversaciones privadas. Lo visité entonces en su casita de Brighton, junto con nuestros viejos amigos M. Cohn y su mujer, de Nueva York. No olvidaré nunca la impresión de esa visita. Hablamos sobre el problema de la guerra; no había aún sobre este asunto la actitud pública ulterior. Sus desarrollos llegaron hasta lo más profundo de mi corazón. Deseé no haber escuchado nunca esas palabras, que me abrasaban como una herida abierta en el alma. Y sin embargo, no dejaron en mí ningún amargo sentimiento contra ese hombre; pues sabía que había expresado el más profundo convencimiento interior. Justamente entonces, cuando nuestras opiniones eran tan rudamente contradictorias, comprendí la grande y noble personalidad humana de Kropotkin.

Yo fuí a la edad de diecisiete años a Londres, desde una pequeña ciudad rusa

Notas gráficas del entierro de Kropotkine

Un grupo de anarquistas, libertados por un día de las prisiones bolcheviquis, para tomar parte en el entierro, llegan a casa de los sindicatos

y estaba por completo fascinada por una visión religiosa del mundo. Como muchos otros, comencé a conocer en el gran Ght to del East-End las ideas del socialismo moderno y llegué, poco a poco, al convencimiento de que mis anteriores convicciones estaban en conflicto con ellas. Había ya en el *vukunft*, el órgano de los socialistas de América, leído algunas disertaciones de Lassalle, de Marx y de Engels cuando cayó en mis manos el pequeño folleto de Kropotkin *A los jovenes*. La impresión que recibí con él es indescriptible. Advertí que el hombre que había escrito esas páginas puso su alma en cada palabra y lo admiré con toda la pasión de que sólo una joven idealista es capaz. Hubiera sido la más grande desilusión de mi vida si hubiese encontrado un Kropotkin distinto del hombre que había imaginado al leer esas páginas....

Mi corazón se llenó de alegría cuando encontré un día en el *Arbeiter Freund* el anuncio de que Kropotkin nos daría una conferencia. El entusiasmo general con que su aparición fué saludada me dijo claramente que todos los reunidos estaban cautivados por el mismo extraordinario amor que yo sentí hacia él. Pero sería completamente falso creer que esta simpatía procediese de sus vastos conocimientos científicos. No; nadie pensó un momento en eso. Era su fina y sugestiva sonrisa, la benevolencia de su mirada, su modo natural de ser, el apretón de manos con que se conquistaba por completo la simpatía y el amor de todos los que tenían contacto con él, y todos los que estábamos reunidos allí, sastres, conductores, obreros del puerto, costureras, sentíamos que él nos hacía objeto del mismo sentimiento de amistad y de fraternidad que nosotros abrigábamos hacia él.

Kropotkin era ante todo humano. Amó al sencillo hombre del pueblo con todas las fuerzas de que era capaz su alma. Tuvo fe en el pueblo, la fe profunda y animada que inspiró y animó a todo slos que le llegaron a conocer. La mayor parte de los llamados *grandes hombres*, entre ellos muchos socialistas, disfrutan únicamente la fama de su obra, y el más próximo contacto con ellos trae muy amenudo amargas desilusiones. Kropotkin era justamente lo contrario: cuanto más cerca de él se estaba, más se le amaba y estimaba.

"Trabajar con él, bajo el influjo de su presencia, es una verdadera inspiración", me decía una vez un camarada georgiano. Era en los primeros meses de la guerra y nuestro amigo era adversario de la actitud de Kropotkin, lo mismo que yo. "He trabajado con él, decía; puse su biblioteca en orden y arreglé sus numerosas noticias. Sea cualquiera su actitud lo amaré toda mi vida."

¡Qué personalidad debía ser esa capaz de producir en los demás tan profunda e imperecedera impresión!

Muchos camaradas eran de opinión que había sido una suerte que, a causa de su salud, Kropotkin hubiera estado obligado durante los últimos veinte años a retirarse casi por completo de su actividad pública en el movimiento, pues solamente de ese modo ha podido terminar sus obras. Yo soy de otra opinión. La presencia de un hombre como Kropotkin en un movimiento, su contacto diario con el pueblo, pueden obrar más prodigios que sus mejores obras. El influjo personal de un tal carácter no podría ser más precioso. Es de lamentar sinceramente que tales hombres sean tan raros en nuestro medio. Sobre todo hoy en que el mundo entero parece vivir en este momento el excepticismo de la corroedora mediocracia y del metálico materialismo; hoy que el amor a la humanidad, que desbordaba del corazó de Kropotkin, se ha convertido en frase sin sentido y que todo puro idealismo es objeto de burla por parte de aquellos a quienes las masas ayudaron a llegar al poder. Pueda el tributo a la magnífica personalidad de nuestro gran muerto contribuir a que su espíritu profundamente humano se conserve en nosotros, pues es el único con el cual podemos ir al encuentro de un futuro libre.

Milly Witkop-ROCKER

Berlin, septiembre de 1922

LITOGRAFIAS

Juan Grave, el viejo y conocido anarquista, nos ha remitido una serie de litografías, muy hermosas, pidiéndonos que tratemos de vendérselas, pues necesita dinero para proseguir sus publicaciones.

Las litografías enviadas son tod. de artistas famosos: Costantin, Meunier, Steinlen, Willaume, Luce, Berman Paul, Lebasque, etc,. No son numeradas.

Las iremos reproduciendo en el "Suplemento"; los que se interesen por ellas pueden pasar por LA PROTESTA a verlas.

Si no pensamos en ser hombres utilitarios, si aspiramos a ser eternamente jóvenes, es decir, idealistas, no nos detengamos en los escalones sociales, atravesemos estóicamente el cieno y arrojemos después las botas manchadas sobre los cráneos hediondos del periodismo, la política, el favor, el dinero... Este será un gesto gallardo de juventud y fortaleza que servirá de faro a nuestras luchas.

O.I

Estado y Capitalismo

La burguesía defiende sus libertades: libertad de comercio, de especulación, de latrocinio legal ¿Es que la burguesía, hasta ahora dueña del poder, monopolizadora de la riqueza social, no goza de suficientes prerrogativas en los Estados modernos? En general, la burguesía, como clase bien alimentada, está en condiciones superiores al proletariado. Pero vive una vida azarosa bajo el peso de todo un mundo desequilibrado, presa de la angustia que provoca la caída irremediable de las instituciones que garanten la integridad de su estómago... Además, ya hay una burguesía famélica, que se alimenta de las sobras de los grandes plutócratas y para quien el Estado, democrático y liberal, no ofrece el medio eficaz para mantener el rango en la escala social: las distancias que hasta ahora la separaban de la plebe y evitaban el contacto con la clusma.

Se ha dicho que, gracias a los remiendos pegados por el socialismo a las decrépitas instituciones de la burguesía, por obra y gracia de la democracia y el liberalismo, han llegado a confundirse las clases. Y esto es verdad hasta cierto punto. En los países más desarrollados industrialmente, por obra y gracia de una democracia industrial, comercial y financiera que entrega en manos de unos pocos todos los medios de producción, distribución y consumo, la pequeña burguesía sufre un paulatino despojo y se confunde con el proletariado. Pero esa "integración" de clases no es obra de la democracia ni responde a un principio doctrinario — no es tampoco la consecuencia de esa pretendida evolución de la humanidad hacia el socialismo de Estado —, sino que es el efecto obligado del proceso del capitalismo. La plutocracia, nueva casta que afirma su superioridad en enormes pedestales de oro, resucita todo el viejo sistema imperialista y condena a la servidumbre al resto de la humanidad.

Tomada en su conjunto, la burguesía no es hoy una clase homogénea, con iguales intereses y con idénticos derechos. Sigue siendo la clase que provee al Estado de directores y funcionarios; la incubadora de legistas, jueces y verdugos; la clase de los lacayos y los servidores del omnipotente amo del mundo. Pero cada día se evidencia más su condición inferior frente a esa casta que surge alegando su potencia financiera, el valor de su oro, los imperativos de sus formidables tentáculos.

Es necesario, pues, establecer una diferencia entre burguesía y capitalismo. La clase burguesa es la dueña del Estado, tiene en sus manos el poder político. Dividida en partidos, en el poder unos y en la oposición otros, llamándose liberales o conservadores, rojos o blancos, con pujos aristocráticos o veleidades plebeyas, la clase burguesa sigue representando la parodia de la democracia y gobernando en nombre del pueblo de acuerdo con los intereses de la minoría que posee el poder económico: los magnates de la industria y los reyes de la áurea plutocracia. Pero, si bien esa burocracia y esa burguesía que mata su hambre al calor de los grandes señores, pueden estar conformes con el reinado de las dinastías plutocráticas, puesto que obtienen favores y recompensas, son jefes de gobierno, ministros, jueces y capitanes de "corchetes", ¿no se evidencia, precisamente, el servilismo en que ha caído la vieja burguesía, muy orgullosa de su origen revolucionario y no menos celosa de sus libertades...?

El socialismo, que pretendió solucionar el problema capitalista — ese problema que Marx definió como un proceso de centralización industrial y comercial que entregaría todas las fuentes de riqueza en manos de unos pocos privilegiados — acudió en defensa de la burguesía empobrecida y despojada, porque en las instituciones burguesas encontraron sus teóricos y sus políticos los elementos básicos para realizar el programa económico-político de Marx: el capitalismo de Estado. Es el espíritu liberal de la burguesía el que inspira en sus luchas parlamentarias a los marxistas de hoy. Y es la burguesía, que aspira a la plena posesión del poder, que quiere integrar en el Estado la potencia del capital y del trabajo que tratan por todos los medios de eludir su control, la que comprende al fin que su salvación está en el socialismo autoritario.

Contra el colectivismo burgués, no porque se llame proletario y alegue reivindicaciones que significan la expropiación completa de los actuales amos, está la gran burguesía industrial y financiera: los grandes latifundistas, los dueños de los trusts manufactureros, los banqueros y los agiotistas en gran escala. Los plutócratas, que tienen en sus manos las fuentes de producción y el poder financiero de las naciones, quieren volver al régimen del individualismo aristocrático y del feudalismo económico. Ellos no entienden el Estado sino como un ente jurídico, que administra "justicia" y dirime los pleitos entre los ciudadanos y asegura con sus elementos de fuerza los privilegios de las clases elegidas... De ahí la lucha, cada vez más definida, que mantiene la burguesía democrática y el capitalismo todopoderoso, brutal en su formidable potencia económica.

De hecho se van perfilando diferencias más o menos lógicas, entre la teoría del Estado burgués, que se basa en un principio de acumulación de poderes y de facultades creadoras, y el concepto individualista del capitalismo. Se explica, pues, que mientras los partidos burgueses — aleccionados por los marxistas — tratan de encontrar el equilibrio social haciendo pequeñas concesiones al proletariado; mientras el Estado burgués procura intervenir en las instituciones privadas para establecer normas generales de conducta entre patrones y obreros; mientras la tendencia estatista se abre camino y gobiernos centrales y comunales aspiran a monopolizar industrias de beneficio común y servicios públicos, como las empresas de aguas, de luz, ferrocarriles, tranvías, teléfonos, etc., los voceros de la plutocracia claman contra esas medidas que llaman contrarias a la libertad de comercio, de trabajo y de explotación.

No se trata, como pudiera creerse, de un grito desesperado de esa minoría de privilegiados que hoy tiene en sus manos el monopolio comercial e industrial del mundo. El capitalismo pone en juego toda su potencia económica para salir victorioso en esa lucha de vida o muerte, Y

su triunfo es ya indiscutible. Al margen o por encima de los gobiernos, los representantes de la gran industria y de la banca han emprendido la tarea de reconstruir al mundo de acuerdo con sus planes absolutistas y reaccionarios. ¿No habéis leído en la prensa burguesa, las declaraciones hechas por esos hombres de negocios en torno a la llamada reconstrucción de Rusia? Para la plutocracia poco importa quo un pais se gobierne por el método monárquico, republicano o bolcheviqui; basta que el Estado sea una garantía para las industrias y el comercio y que el gobierno esté por entero a disposición de las grandes empresas capitalistas y les asegure su libertad de explotar al proletariado y especular con la miseria de todo el pueblo.

La reacción de ese capitalismo antidemocrático se ha producido ya en Europa. Italia, pais burgués y demócrata por excelencia — nación donde se estaba realizando el programa mínimo del socialismo — nos da el ejemplo de una "revolución" calificadamente antisocial, que sale por los fueros del individualismo capitalista cuyos exponentes son la libertad de comercio, el libre monopolio y la explotación sin tasa y sin freno jurídico. Y es, precisamente, contra esa concepción jurídica de la democracia, contra la autoridad suprema del Estado-juez, del Estado-árbitro y del Estado-pueblo, que se levantó el fascismo, movimiento que carece de difinición ideológica pero que encarna los intereses del capitalismo italiano, de una minoría de enriquecidos que siguieron en la paz sembrando odios y alimentando las bajas pasiones de los que aprendieron en la guerra el arte de matar.

El fascismo, como movimiento de reacción brutal, es un fenómeno psíquico. Pero no hay que olvidar que las hordas fueron alimentados y pertrechados por los enriquecidos en negocios bélicos y que sus jefes son simples lacayos al servicio del onnipotente capitalismo.

Poco después de asumir el poder el jefe de las hordas fascistas, decía un telegrama de Roma que el Sr. Mussolini creía "que puede obtenerse para Italia una gran fuente de recursos, dentro de un breve plazo, mediante la supresión de todos los parásitos burocráticos generados por el socialismo de Estado, como producto de gabinetes subordinados que deseaban transformar al país entero en una masa de empleados civiles, a fin de utilizarlos como una poderosa máquina electoral. Tiene el propósito, el jefe fascista, de suprimir todos los monopolios del Estado y subvenciones a empresas navieras, y entregará los ferrocarriles, teléfonos, manufacturas de tabacos, correos, telégrafos, encomiendas postales, etc., a empresas privadas. Todos estos servicios públicos representan ahora una pérdida de muchos millones al año, mientras que hace 25 años constituían el eje de las finanzas del Estado. Al reabrir el Parlamento el Sr. Mussolini solicitará, y sin duda le serán conferidas, amplias facultades para que el Gobierno disponga la organización burocrática como lo considere más adecuado."

¿No está claramente especificada esa tendencia individualista de la burguesía industrial, del capitalismo todopoderoso? La lucha entre la plutocracia y la burguesía se entablará en Europa con caracteres más definidos. Pero de hecho se puede establecer un concepto teórico respecto a esa lucha entre el Estado político y el Estado económico: entre la democracia burguesa y el capitalismo individualista, como también calcular las consecuencias que han de derivarse forzosamente de ese encuentro en que el proletario es poco menos que un mero espectador. Y eso apesar de ser el socialismo el elemento básico de toda la defensa de la burguesía democrática.

Emilio Lopez ARANGO

ESCRITORES RUSOS

UN BRINDIS

ALEJANDRO KUPRIN. — *Es un autor muy leído en Rusia. Cuando empezó, hace unos veinte años, a publicar novelas, el "gran viejo de la tierra rusa", el conde León Tolstoy, le dió, en términos muy encomiásticos, la bienvenida a la república de las letras. "Escribe muy bien ese oficial", solía decir Tolstoy, de Kuprin.*

Kuprin es un oficial de carrera. Nacido en 1870, de una familia pobre — como casi todos los escritores rusos de la última generación —, hizo sus estudios en una escuela militar, y en 1890 recibió el grado de oficial. Pero esta carrera no le gustaba, sentía más bien inclinación a la literatura. Todos sus ocios los emplcaba en escribir novelas. Durante varios años, sus manuscritos fueron rechazados por los editores de publicaciones periódicas. Kuprin no se desesperaba y seguía trabajando. Al fin consiguió que se publicara su novela. "El dios implacable", traducida en la Colección Universal — números 61 y 62. — Fué un éxito. El debutante obtuvo una buena acogida.

Animado por el primer triunfo, Kuprin se entregó por entero a la literatura. En seguida—en 1897 — abandonó el servicio militar y se lanzó a la conquista de un puesto de honor en las cúspides del Olimpo literario. Lo ha conseguido. Su novela "El duelo", así como la serie de ellas que ha publicado, le han hecho famoso. Conociendo a fondo la vida militar, ha descrito, de mano maestra, las costumbres del cuartel. En estos últimos tiempos se inspira en la vida de los grandes centros industriales, especialmente en sus bajos fondos.

Actualmente, a los cincuenta años idos, Kuprin tiene un renombre literario muy respetable y ocupa en la literatura rusa un puesto de honor al lado de Gorki, Andreieff y Korolenko.

El año 200 de la nueva era tocaba a su término. Sólo faltaban quince minutos para la hora en que, el mismo mes y el mismo día, doscientos años antes, el último Estado gobernado conforme al viejo sistema, el país más obstinado conservador y rutinario — a lo que parece, Alemania — había renunciado, al fin, a su ciego chauvinismo, y con alegría de toda la tierra había entrado en la unión anarquista de hombres libres del mundo entero. Según el calendario antiguo, eso había ocurrido el año 2906 después de Jesucristo.

Pero en ninguna parte se festejaba la entrada del Año Nuevo con tanto esplendor y alegría como en los polos Norte y Sur, en las estaciones centrales de la gran Asociación Electro-Magnética.

Durante los últimos treinta años, millares y millares de ingenieros, de mecánicos, de técnicos, de astrónomos, de matemáticos, de arquitectos y de otros sabios especialistas, habían trabajado infatigablemente en la realización de la más grandiosa y heróica idea del siglo XXXII. Acariciaban el proyecto de convertir el globo terráqueo en una gigantesca bobina electro-magnética, y con ese objeto lo habían envuelto de Norte a Sur en una espiral de hilo metálico revestido de caucho, cuya longitud se aproximaba a cuatro mil millones de kilómetros. En ambos polos habían construído dinamos de increíble potencia, y habían unido todos los puntos de la superficie del planeta con innumerables hilos.

No sólo los habitantes de la tierra, sino también los de otros planetas con los que la Tierra estaba en constantes relaciones, habían seguido con interés apasionado la marcha de los trabajos. A unos, la empresa de la Asociación les inspiraba gran desconfianza y a otros les inspiraba horror.

Pero la Asociación acababa de realizar brillantemente su proyecto gigantesco, triunfando de todas las previsiones pesimistas. Y la fiesta de año Nuevo era al mismo tiempo la solemnización de dicho triunfo. La inagotable fuerza magnética de la Tierra ponía en movimiento las fábricas, las máquinas agrícolas, los trenes y los barcos. Alumbraba las calles y las casas, calentaba las habitaciones. Hacía innecesario el carbón, cuyas minas se habían agotado mucho tiempo antes. Desterraba completamente las chimeneas, que impurificaban el aire y mataban con su humo las flores, los árboles y las hierbas, verdadera alegría de la tierra. En fin, hacía milagros en lo tocante a agricultura y cuadriplicaba las cosechas.

Uno de los ingenieros de la estación del Norte, elegido presidente de la reunión de aquella noche, se levantó con un vaso en la mano.

Un silencio profundo reinó.

—Compañeros — dijo el presidente —: si os parece voy a ponerme inmediatamente en contacto con nuestros queridos colaboradores de la estación del Sur. Acaban de hacernos señales.

La enorme sala donde se encontraban era una magnífica construcción de cristal, hierro y mármol, adornada con flores exóticas y hermosos árboles, y más parecida a una "serre" que a un sitio público.

Tras las paredes, la noche polar lo envolvía todo en sus tinieblas; pero unos condensadores especiales inundaban la sala — con el gran gentío, las flores, las mesas admirablemente servidas, las gentiles columnas que sustentaban el techo, las innumerables estatuas — de una luz no menos alegre y brillante que la del sol.

Tres paredes de la sala eran opacas: pero la cuarta, a la que el presidente hallábase vuelto de espaldas, era un a modo de tablero de proyecciones cuadrado, de un cristal en extremo fino y lustroso.

Recibido el consentimiento de la sociedad, el presidente oprimió con el dedo un pequeño botón eléctrico que había sobre la mesa.

El tablero se iluminó inmediatamente con una luz interior deslumbradora, y luego se diría que se disipó. En su lugar apareció de pronto otra sala también magnífica, también llena de gente sentada alrededor de mesas admirablemente servidas. Unos y otros seres humanos — todos bellos, fuertes, alegres, vestidos con esplendidez — se reconocían, cambiaban sonrisas, se saludaban levantando sus vasos, a través de una distancia de 20.000 kilómetros. Pero a causa del ruído general, de las sonoras risas, ni unos ni otros oían aún la voz de los amigos lejanos.

El presidente entonces se levantó de nuevo y manifestó con un gesto que quería hablar. Todos al punto, enmudecieron en los dos extremos del mundo.

He aquí lo que dijo el presidente:

"¡Mis queridas hermanas y queridos hermanos! Vosotras, encantadoras mujeres, a quienes admiro con pasión, y vosotros, a quienes amé en otro tiempo y para quienes mi corazón está lleno de gratitud, escuchad! ¡Gloria a la vida eternamente joven, bella, inagotable! ¡Gloria al hombre, único dios de la tierra! ¡Gloria a su cuerpo taumatúrgico y a su espíritu inmortal!

Os miro, amigos soberbios, alegres, audaces, seguros de vosotros mismos, y un gran afecto llena mi corazón. Nuestra mente no conoce obstáculos, nada puede oponerse a nuestros designios. No hay entre nosotros sumisión, ni dominación, ni celos, ni hostilidad, ni violencia, ni engaño. Todos los días abren ante nuestros ojos misterios que dejan de serlo para nosotros, y la ciencia se desenvuelve de un modo admirable. La muerte misma no nos espanta ya, porque nos vamos de la vida sin que la vejez nos haya desfigurado, sin que se pinte en nuestros ojos un horror salvaje y sin que la maldición brote de nuestros labios, porque nos vamos de la vida hermosos, semejantes a dioses, sonrientes. No nos asimos desesperadamente a nuestros últimos días, sino que, a manera de viajeros cansados, cerramos dulcemente los ojos. Nuestro trabajo es una delicia. Nuestro amor, rotas las cadenas de la esclavitud y la trivialidad, se parece al amor de las flores: tan libre y bello es. Y nuestro único soberano es el genio del Hombre...

Quizá, caros amigos, lo que estoy diciendo sean vulgaridades, cosas que todo el mundo conoce hace tiempo; pero no puedo hablaros de otra manera. Esta mañana he leído un libro tan interesante como horrible: "La historia de las revoluciones del siglo XX".

No pocas veces he pensado mientras lo leía: *¿Será esto un cuento fantástico?* Tan inverosímil, tan estúpida, tan llena de horror me parecía la vida de nuestros antepasados.

Sí, amigos míos: aquellas gentes de quien nos separan nueve siglos parecían serpientes venenosas encerradas en la misma jaula. Viciosas, sucias, infectadas de morbos, feas, cobardes, se mataban unas a otras sin cesar, se robaban un pedazo de pan y lo escondían en los escondrijos más obscuros para que un tercero no se lo llevase; se quitaban la tierra, el agua, los bosques, las casas, hasta el aire. Hatajos de gandules ávidos, apoyándose en hipócritas religiones, en ladrones y en impostores, enviaban muchedumbres de miserables esclavos a matarse mútuamente, y vivían como parásitos sobre la podredumbre de la descomposición social. Y la tierra, tan grande, tan bella, era para aquellos hombres angosta como una prisión, y el aire en ella era pesado como en una caverna.

Pero en aquella época terrible, junto a las bestias de carga, junto a los esclavos cobardes y sin dignidad, se alzaban de vez en cuando hombres altivos, héroes de alma noble, independientes, dispuestos al sacrificio. No acierto a explicarme cómo podían nacer en tal época vil, vergonzosa. En aquellos tiempos sanguinarios, cuando ni el hogar era un abrigo seguro para nadie, cuando la violencia y el asesinato eran pagados con largueza, aquellos héroes, en su santa locura, gritaban: "¡Abajo los tiranos!"

Y su sangre teñía las piedras de las calles y las losas de las aceras; los infelices perdían la razón en los calabozos; morían ahorcados, fusilados. Renunciaban gustosos a todas las alegrías de la vida, salvo a la de morir por la libertad de las generaciones futuras.

¿No véis, caros amigos, ese puente de cadáveres humanos que enlaza nuestro luminoso presente con aquel horrible, tenebroso pasado? ¿No os imagináis ese terrible río de sangre cuyas ondas han empujado a la humanidad al mar radiante y vasto de la felicidad uuniversal?

¡Honor a vosotros, antiguos amigos desconocidos de quienes nos separan siglos y siglos! ¡Honor a vosotros, que tanto padecisteis! Ibais a la muerte con una sonrisa en los ojos, que miraban siempre adelante, al porvenir remoto. Previeais a las generaciones futuras libertadas, fuertes, triunfantes, y les enviábais vuestra bendición al morir...

¡Queridos amigos! Beba cada uno de nosotros, sin pronunciar una palabra, en un silencio religioso, un vaso de vino a la memoria de aquellos mártires lejanos. Y sienta cada uno de nosotros en su corazón la bendición de su mirada".

Y todos bebieron en silencio.

Pero una mujer de maravillosa belleza que estaba sentada junto al orador se apretó de pronto contra él y empezó a llorar dulcemente. Y cuando el orador le preguntó por qué lloraba, le contestó con voz muy queda:

—A pesar de todo, yo quisiera haber vivido en aquella terrible época..., con ellos..., con los mártires...

Alejandro KUPRIN

INTERESES DE CLASE O INTERESES HUMANOS

La idea marxista de clase es para el anarquismo una fuente de continuas desviaciones e inseguridades; dejándose guiar por ella, se corre el peligro de negar los propios fundamentos morales y sociales de nuestras ideas. Sin embargo, nuestra propaganda cuotidiana está impregnada de la concepción marxista de la lucha de clases, y sólo de tanto en tanto se ve en los anarquistas una reacción purificadora, como por ejemplo la opuesta al *frente único del proletariado* ordenada por los dictadores de Moscú. Si los anarquistas aceptasen la interpretación marxista de las clases sociales, no hubiesen podido oponerse legitimamente contra ese atentado al espíritu revolucionario, ni siquiera a la implantación de un Estado obrero, que, como decía Sebastian Faure, es la "confiscación prematura de la revolución." Pero si no aceptan la idea marxista de las clases sociales, tampoco han elaborado solidamente hasta ahora una doctrina propia respecto del asunto, y esperan aún que uno de los suyos emprenda esta labor, o bien que se resuelvan estas nebulosidades en que vive nuestro espíritu frente a una cuestión de tanta transcendencia, como se resolvió el pleito del frente único de los trabajadores, por el esfuerzo mental de la gran mayoría de los anarquistas. Esta segunda solución, que podría llamarse colectiva, sería la base preliminar más fecunda para los ulteriores desenvolvimientos.

Los anarquistas no pueden aceptar, sin menospreciar su propias ideas, la tesis marxista de las clases sociales, pero desgraciadamente advierten sólo cuando el mal causado por ella es grande, sus inherentes contradicciones, sus peligrosas arbitrariedades y su carácter esencialmente demagógico.

Nosotros no negaremos jamás la oposición que existe entre el poseedor y el desposeído, entre el amo y el esclavo, pero no creemos o no esperamos que la fatalidad histórica lleve al esclavo y al desposeído a luchar contra los amos y los poseedores: decimos que esa oposición puede ser reducida enormemente en provecho de los que viven del trabajo ajeno, si en los elementos subordinados al sistema de explotación y de dominación vigente, no existe la llama espiritual liberadora. Por consiguiente, una de nuestras conclusiones al estudiar las divergencias y luchas sociales, sería esta: La batalla entre las fuerzas del porvenir y las defensoras del presente no está precisamente entre ricos y pobres, entre amos y esclavos, entre poseedores y desposeídos, sino entre los que conciben y desean un futuro más equitativo y los que se benefician del régimen presente y aspiran a su perpetuación. A este segundo contingente hay que añadir los defensores pasivos, inconscientes o mercenarios de los privilegios de las minorías expoliadoras y dominadoras.

Y del mismo modo que rechazamos la interpretación marxista de las clases sociales y de la lucha de clases, combatimos la noción de los llamados intereses de clase. Los anarquistas no propagan la revolución con el objeto de reivindicar intereses o ambiciones de clase, sino para destruir esas clases y esos intereses y ambiciones. Los anarquistas no engañan al proletariado con las arengas demagógicas de los partidos políticos obreros, propagandistas de los intereses de clase, cuya expresión es el Estado, porque sostienen la convicción de que la humanidad vivirá en la injusticia y en la desigualdad siempre que el principio autoritario persista.

Si una revolución ha de representar sólo la realización de los intereses de una clase, está previamente condenada a malograr sus frutos de justicia, de bienestar y de libertad para todos. *La dominación del proletariado*, sólo entraña un cámbio desde el punto de vista de nuestra situación personal, pero deja subsistentes los mismos defectos y males que la dominación de la burguesía mantiene y alimenta. Nuestra doctrina y nuestra posición revolucionaria traduce sobre todo intereses profundamente humanos, no intereses de clase.

Si es justo que el proletariado rompa sus cadenas, no es justo que las cree para otros, o que se creen en su nombre. Y no es justo, porque esas cadenas engendran el mismo régimen de privilegios, de desigualdades y opresión que se quería destruir. Además el dominio de clase que el marxismo propaga en el proletariado, es una mentira como el gobierno del pueblo cantado por los demócratas. Si es cierto que el parasitismo burgués se beneficia con la existencia de su Estado protector, no por eso puede afirmarse que los trabajadores obtendrán provechos idénticos gracias al Estado proletario. El Estado, cualesquiera sea su forma y su nombre, no existió ni existirá nunca como expresión de los productores, sino como instrumento de los explotadores de la producción. Propagar en las masas obreras la noción de los *intereses de clase* es elaborar la dictadura "del proletariado"; aceptar la interpretación marxista de la actividad revolucionaria, es negar o desconocer los más altos postulados del anarquismo. Nuestra revolución no reivindica intereses de clase sino intereses humanos. Por sobre las clases está la justicia, y decir que no hay principios de derecho superiores a las clases equivale a predicar la destrucción del Estado por medio de la "dictadura proletaria". Así como no es posible hacer desaparecer el Estado posesionándose de él, tampoco se pueden borrar las clases sociales con una teoría que las fortifica y dá razón de ser a todos sus actos y ambiciones.

George Sorel, autor famoso de *Reflexiones sobre la violencia*, no tiene nada de común con el anarquismo, bien que nuestros camaradas franceses, con motivo de su muerte, no le hayan escatimado elogios, y hasta hayan tenido el velado intento de explotar su obra en nuestro favor contra los bolchevikuis. Pero Sorel, que tanto exaltó la violencia de las clases oprimidas, como suprema y única razón liberadora, choca en nuestras ideas con la distinta concepción de las clases sociales y de la lucha de clases. Además entre sus principios fundamentales y los nuestros hay un abismo que sólo a fuerza de confusionismo y en nuestro daño puede ser accidentalmente colmado: por encima de la razón de la fuerza está la fuerza de la razón. El anarquismo no ganará sus mayores batallas en las barricadas sino en el terreno de su acción sobre la conciencia humana. Puede triunfar la clase, actualmente oprimida y desheredada, contra sus opresores y explotadores, pero el principio de la justicia y de la libertad puede sentirse mañana lesionado como hoy. Es posible que la fuerza esté al servicio de una idea de justicia, pero es posible también que proteja y sirva a la injusticia. Si los anarquistas simpatizantes con la propaganda tendiente a que el proletariado haga uso de la violencia para emanciparse, combaten el propósito del empleo de la fuerza para crear nuevas injusticias. La demagogia revolucionaria encontrará más éxito inmediato propagando la guerra de clases y el triunfo definitivo por la razón de la fuerza; permanezcamos, sin embargo, nosotros en la lucha por la libertad con la bandera de las reivindicaciones humanas enarbolada: la razón puede servirse de la fuerza pero no debe subordinarse a ella. Si el marxismo quiere convertirse en el cortesano del éxito proletario, en el propulsor de las reivindicaciones de una clase, nuestro puesto debe ser incesantemente reforzado: por la libertad integral y por la justicia y el bienestar para todos.

Diego Abad de SANTILLAN

GOTAS

1) El proletario que no odia al burgués, es un burgués en germen.

2) El hombre sólo es superior a los demás mamíferos por lo que piensa y por lo que siente, no por lo que dice: La palabra sin el pensamiento en nada se diferencia del rebuzno o del mujido; y sólo es pensamiento lo que hace andar al progreso, siempre que contribuya a hacer que los miserables dejen de ser miserables y los poderosos dejen de ser inútiles.

3) El bien es la elocuencia del alma.

4) Disimulamos con vergüenza cualquier defecto físico, sin embargo, ¡con qué desfachatez fumamos y bebemos y comerciamos..., a la vista de todo el mundo, como si esto no fuese más vergonzoso, más cobarde, más cruel!

5) Ya hacen bastante algunos hombres con pensar bien aunque no hagan lo que piensan; más el progreso sólo avanza por los que hacen: el ejemplo es la gran rueda del mundo.

6) No puede haber condialidad verdadera donde no medien elevados propósitos; cuanto más, lo que puede existir es una conplicidad o un pacto secreto de mútua conveniencia.

7) Cuando somos capaces de vivir nuestras ideas, expongámoslas, sí; pero anónimamente, para que el ideal no empequeñezca y para que las ideas no resulten perjudiciales: Los falsos apóstoles han hecho más mal a la humanidad que el clero y el militarismo juntos, porque han carcomido al ideal por dentro, le han roído la base, han sido sus parásitos.

8) No se mejorará la situación de los trabajadores con las mejoras parciales del aumento de salario, sino induciéndolos a no ser sumisos: el aumento de salario es la vacuna contra la huelga que es la muerte del capital.

9) ¿Queréis reformar el mundo más pronto de lo que lo proclaman todos los sabios, todos los filósofos, todos los artistas?: haced que los ricos visiten las viviendas de los pobres y que estos visiten las viviendas de los ricos; puede ser que de la fusión de este ácido: el odio, y de esta sal: la vergüenza, surja esta base: el amor.

10) La huelga debe ser un combate rudo del trabajo contra el capital; si aquél se mantiene firme, éste cede, porque es más débil: el trabajo es al capital, lo que el tejido muscular es al tejido adiposo.

11) Entre un pobre que odia al rico y otro que no lo odia, es más pobre el que no lo odia.

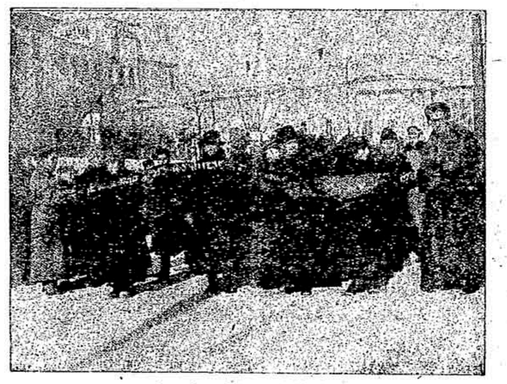
12) La caja de un acaudalado, es el cementerio en el que yacen miles y miles de familias obreras que pudieron vivir sin haber sufrido tanto.

13) El artífice puede dar flores y flores muy aromosas como el jazmín o el clavel; pero nunca, imitando al artista, flores y frutos cómo el duraznero; y el pueblo — y esto es lo principal — no se alimenta de flores, sino de frutos.

15) Ideas!: dientes terribles de la verdad bajo cuya potencia se trituran los alimentos más inaptos y se tornan asimilables para el gran organismo social.

Augusto Klas

Notas gráficas del entierro de Kropotkine



La cabeza del cortejo fúnebre

Ciencias Naturales y Anarquía

El estudio de la naturaleza ha tomado en estos últimos años una importancia considerable y las ideas sobre el sistema del mundo han sufrido modificaciones radicales. Importa para nosotros ver cuál ha sido el lugar de las ideas libertarias y de las teorías anarquistas en el movimiento de las ideas. Esta cuestión ha sido aclarada por Kropotkin, sobre todo en *La ciencia moderna y la anarquía* y de un modo más breve, pero más completo y de una gran claridad en su *Anarquía, su filosofía, su ideal*. Advierte, claro está, que las ideas anarquistas sacan su valor del hecho de que no son reglas codificadas brotadas del cerebro de un intelectual dogmatista, sino que están constantemente en la vida y en el movimiento, como las ideas de la masa en que nacieron, de esa masa que ellas tienden a animar más y más. Y podemos constatar que los progresos realizados en las ciencias de la naturaleza, las nuevas tendencias revolucionarias que se han manifestado frente a frente de los antiguos dogmas, marcharon a la par de las conquistas realizadas en el orden social por las ideas de emancipación del

individuo de las coerciones milenarias. Hemos podido asistir en todos los órdenes de hechos a una rebelión enérgica de los individuos que reclaman su derecho a una existencia autónoma, a vivir su vida, a realizar sus tendencias desde el punto de vista intelectual, desde el punto de vista físico, desde el punto de vista sentimental. Este esfuerzo ha conducido, en las ciencias naturales, a la derrota total de las antiguas explicaciones religiosas o filosóficas, que convergen poco más o menos en el mismo error, a saber: dar cuenta de un fenómeno, cuya causa es desconocida, con palabras a las que se dá el valor de causales: Dios, alma, vida, y después progreso, evolución cualquiera de lo que vemos alrededor de nosotros. Y al mismo tiempo que la derrota de los viejos sistemas sobre las cuestiones de dogma, su derrota moral se ha mostrado total e irremediable. El individuo ha reusado, por fin, plegarse por más tiempo a una restricción constante de sus deseos, restricción perjudicial que brotó de la creencia en las fuerzas ocultas, y a la cual nada justifica ya... Parece, pues, que hubo más que simple correlación entre las ciencias naturales y la anarquía; han hecho más que progresar siguiendo dos caminos paralelos, se han prestado sin cesar un mútuo apoyo y todo progreso de una parte apresuró la evolución de la otra. Los sabios han procedido en sus críticas de los dogmas, con un espíritu anarquista, espíritu de rebelión contra el valor absoluto de las teorías religiosas.

Esto llevó a una revisión de todos los antiguos valores y a su rechazo puro y simple. Un inmenso esfuerzo de unificación emprendido por Lavoisier, se ha proseguido en el curso de todo el siglo XIX, y se ha cesado de considerar como distintas las diversas ramas de las investigaciones científicas. La química ha sido ligada estrechamente a la física y estas dos ciencias han servido de base de investigaciones para la penetración del mecanismo de la vida. Esta palabra—*vida*—ha perdido para lo sucesivo su valor místico, para significar solamente el conjunto de las reacciones físico-químicas que constituyen las manifestaciones de los seres organizados. Además se ha eclipsado la noción de especie: se ha, observando más profundamente a los seres vivos, constatado la importancia de las variaciones individuales, la transición de un fin al otro de la escala animal, el transformismo se ha convertido en una hipótesis necesaria y el conjunto de los seres ha constituído así una cadena genealógica única que parte de la célula simple y llega a la serie de los seres más complejos. Después el esfuerzo de unificación ha ido más lejos.Las sociedades humanas, las leyes que las rigen, su modo de formación, de funcionamiento, de desaparición, (leyes que no tienen nada que ver, claro está, con las que elabora la máquina parlamentaria y que quieren fijar lo que es imposible de fijar: la serie de las relaciones humanas), fueron estudiadas como se había estudiado a los animales. Como no se había considerado en el organismo vivo más que la serie de las reacciones químicas, no se han considerado tampoco en las relaciones humanas más que los intereses, las relaciones (uniones o antagonismos) de los diversos animales humanos en los cuadros sociales. El individuo ha sido estudiado con esmero; se han determinado cuidadosamente sus necesidades frente a frente las de la colectividad; se le ha liberado de las entidades parásitas: moral, Estado, interés común, para no ver en la organización social más que un medio de asegurar mayor bienestar a todos por la más grande satisfacción de cada uno. Y este es el fin de la anarquía. El espíritu de rebelión individual, base de toda realización, ha inspirado la ciencia moderna, que lo alimentó luego, dándole una renovación de vigor.

En su libro, recomendable desde todos los puntos de vista, *Mouvement biologique en Europe*. George Bolm expone la idea siguiente: Los progresos científicos están condicionados por los mejoramientos sociales. La ciencia vive al aire libre y quiere espíritus libres. "La autoridad, la disciplina, son siempre fatales para los individuos que las sufren; sin la libertad, la inteligencia humana se atrofiaría y al mismo tiempo el espíritu de invención.

"La invención no puede ser realizada más que por los seres humanos libres, de amplios horizontes, dotados de una imaginación que no se encadena al hábito de una labor siempre idéntica... La invención es siempre el producto de un cerebro amante del cambio y en rebeldía contra lo que es. Todo esto repite que el cerebro del inventor es justamente lo contrario de los cerebros producidos por la especialización y la división del trabajo.

"En consecuencia, debemos cultivar en nosotros y en los demás el espíritu de rebeldía bajo sus más diversas modalidades." (Georges Bolm).

Y toda esta obrita no es más que un largo homenaje hecho a los servicios innumerables que las tendencias libertarias han prestado a la biología.

Por otra parte, en su obra de destrucción, la ciencia nos trae a nosotros, anarquistas, preciosos argumentos. Y, en fin, estudiando las necesidades del individuo humano, las mejores condiciones de vida y desenvolvimiento, las ciencias naturales nos dan una serie de enseñanzas que no será inútil conocer para el momento en que podamos, libres, emprender la reconstrucción social sobre las ruinas desinfectadas de la autoridad destruida.

A. REYMOND

Notas gráficas del entierro de Kropotkine

El cortejo por las calles de Moscú

A un caballo

Eres el único, el primísimo, el as de los ases, ¡oh Rubán, corcel mayestático, caballo ganador de "records" y apaleador de millones! Eres un hacha. Eres más grande que Bucéfalo, que Babieca, que Bovak y que la jaca de Santiago.

Yo, pobre penco de las letras, mísero burro de reata del trabajo, te saludo conmovido. ¡Ave, César!

Ante tí se siente uno pequeño, se siente enano, pigmeo y liliputiense; es el más macho una verdadera porquería. ¡Salve otra vez, ilustre mantenido! Tu no debes comer paja sino croquetas. Déjanos la paja para nosotros. Es el pienso que nos toca. En efecto.

Hay carrera de abogado, de médico, de ingeniero, de noctámbulo — todos somos unos — que no produce en España dos pesetas. Y tú, con una carrera de tus patas — que humildemente beso — le proporcionas a tu egregio amo quinientas mil del ala.

Eres un héroe, el primer ciudadano de Iberia.

No es extraño que el rey te llevara del ronzal después del triunfo y que coma con tu jockey y que te victoree la muchedumbre. Tú eres otro rey. Tú montas más que nadie. El champán en que te abrevan ha de ser el de la marca más preclara. Todo te lo mereces. Todo nos parece poco para tu excelsitud.

Los proletarios de la inteligencia te envidiamos, pero te acatamos. Nos anonadas con tus pezuñas, caballo millonario. Nos confundes con tu soberbia y con tu brío. Nos aplastas.

La mujer de nuestra alma, al ver el dinero que tú obtienes y el que nosotros logramos, se divorciaría de nosotros y se casaría en segundas nupcias contigo — ante el cura correspondiente, es claro, como una buena cristiana —; nuestra amada costilla desertaría de nuestro tálamo y se iría a tu cuadra a agazaparse bajo la manta blasonada que a tí te cubre.

Nuestros hijos se avergüenzan de sus padres y quisieran ser hijos de tu carne noble, de tu sangre azul.

Indudablemente el trabajo, la ciencia, la virtud no valen una panocha.

Sin duda tus cascos producen más que los nuestros. Como no hay dios, tu cola y tu collera son más respetadas que nuestra cabeza.

Te envidio, Rubán soberano, cuadrúpedo preínclito, bruto por la gracia de dios, señor de los hipódromos, prez de la monarquía y de la patria.

Cajal a tu lado es una cafetera rusa. Rusiñol y Guimerá no te llegan al cuadril. Valle Inclán es un cabestro, que ni regalándolos consigue que lea nadie sus libros.Tú, en cambio, garañón palaciego, eres objeto de la admiración universal, eres el niño mimado de la nación, el más soberbio florón de la corona.

Gloria, dinero, popularidad, cas: higiénica y confortable, pesebre bien provisto, la confianza y el favor regios, nada te falta. Eres el solípedo que todo lo tiene.

Las damas de la "hig-life" te besan la baticola y se comen tu estiercol. La Prensa — así, con *P* alta, con *P* de Prostituta — te acaricia el redondo, el bipartido lomo. Si cayeras enfermo, se produciría una crisis ministerial, acaso una revolución.

Eres el Dios del momento, la bestia tipo, el caballo millón, el símbolo de un pueblo, que, hace un año, en Marruecos, trató sin conseguirlo de buscar su salvación en la ligereza de sus piernas.

Eres una potencia. Eres una magestad, un dominador. Lo que no nos es dado a los pensadores, a los artistas, a los apóstoles lo logras tú. Las masas son tuyas. Tienes el mayor partido de España. Tienes más votos que un cacique. Tú debes gobernar. Tú debes ser senador, como Incitato; ministro como Piniés; presidente del Consejo, como Sanchez Guarro, digo, como Sanchez Guerrita.

España, que antes se postraba ante toros y toreros, se postra hoy a tus patas. Bajo tus herraduras nos tienes rendidos, adorándote reverentes. Pisanos. Trillanos. Coceános. Vuelve hacia tus idólatras, hacia esta abyecta grey tu grupa. Abre el opulento rabo y bendícenos e hisopéanos y úngenos e hínchanos la abierta boca de la gracia de tu sacrosanto estiércol.

Angel SAMBLANCAT

Madrid.

***

COMENTANDO

Los partidarios de la teoría de la violencia de Niestzche afirman que"nada que sea para *in eternis* podrá ser construído sino impiadosa, implacablemente" Y nosotros preguntamos: ¿Es que el hombre puede construir algo definitivo?... La duda no es una quimera y la transformación es constante... Acaso el amor, la suavidad, la caricia, las lágrimas, la compasión, el altruismo ¿no tendrán siempre una influencia sobre el *homo sapiens*? Detestamos lo feo, lo debil, lo *desequilibrado*, pero no podemos aceptar la crueldad en cuanto produce sufrimientos humanos.... Si las pirámides, *que no serán eternas*, fueron edificadas a fuerza de látigo, no constituyen un testimonio de admiración, precisamente porque llevan en sí el estigma infamante de la sangre de los esclavos que las construyeron y denotan un desequilibrio entre la fuerza y el sentimiento... Todo lo colosal, lo grandioso, nos impresiona pasionalmente, pero cuando el juicio analiza fría y ascéticamente, entonces nos appercibimos de las imperfecciones de toda obra humana y vemos que el orgullo desmedido es congénito a las excentricidades, grotescas a veces, sublimes otras, en que se entretiene para matar su hastío, este pobre gusano terráqueo que es el hombre.

CARISTACOS

El miedo es un preceptor de gran sagacidad y la vanguardia de todas las revoluciones. Enseña que hay podredumbre allí donde aparece... Nuestro capital es miedoso, nuestras leyes y nuestras clases cultivadas también lo son... El miedo, este vil animalejo existe para algo, para indicarnos que existen grandes faltas que es preciso enmendar.

R. W. EMERSON..

Suscripción del Suplemento y "La Protesta" inclusive,

$ 2.— mensuales